ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio del fantasma verde

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 4

ePub r1.2
Poe 01.03.2017

Título original: *The mystery of the green ghost*
Robert Arthur, 1965
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Poe
ePub base r1.2



ADVERTENCIA AL LECTOR

No es mi deseo alarmar a nadie, y sí advertir que las páginas siguientes, cual sugiere el título del libro, tratan de un fantasma de color verde. Además del fantasma, hallaréis unas singulares perlas, y un perrito que no participa en la historia porque no hace nada. ¿O acaso sí? A veces, no hacer nada es tan importante como hacer algo. Vale la pena pensar en esto.

Podría hablaros de otros muchos episodios extraños, excitantes aventuras y situaciones de suspense que se dan en la obra, pero es preferible que lo descubráis vosotros mismos. Yo me limitaré a presentar el libro, cosa que prometí a los Tres Investigadores.

Por cuarta vez hago de presentador, y admito que en los casos anteriores me embargaron ciertas dudas. No obstante, he terminado por entusiasmarme con Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Éstos serán compañeros ideales para una noche de misterio, aventura y suspense.

Los chicos han organizado una sociedad que denominan Los Tres Investigadores, y destinan su tiempo libre a resolver los misterios que les salen al paso. Viven en Rocky Beach, California, una ciudad a orillas del océano Pacífico, a pocos kilómetros de Hollywood. Bob y Pete viven con sus padres respectivos, y Jupiter con sus tíos Titus y Mathilda Jones, propietarios de Patio Salvaje, una chatarrería fabulosa donde se puede encontrar casi todo.

En un remolque averiado, que Titus Jones jamás pudo vender, Jupiter y sus amigos, una vez reconstruido por ellos, establecieron el puesto de mando moderno que precisa toda empresa investigadora. Posee un reducido laboratorio, una oficina con escritorio, magnetófono y abundantes libros. El

equipo fue recuperado por Jupiter y sus amigos de entre los viejos materiales entrados en el patio.

Jupiter, junto con Hans y Konrad, dos hermanos de origen bávaro, que trabajan en la chatarrería, amontonaron diverso material alrededor del remolque, hasta hacerlo invisible del mundo exterior. Con el tiempo, los dos rubios bávaros se olvidaron del remolque, y ahora sólo los Tres Investigadores conocen su existencia.

El acceso al puesto de mando se realiza a través de entradas secretas, siendo la más usada la conocida por el túnel dos, un tubo ondulado, que desde el taller de Jupiter, después de recorrer un trayecto bajo tierra, y entre diversos materiales, llega al remolque. Este camino hay que hacerlo a gatas, y se entra en el puesto de mando por una trampilla bajo el piso. De las otras entradas, ya hablaremos llegado el caso.

Los chicos utilizan un automóvil «Rolls-Royce» de apliques dorados, provisto de chófer, cuando han de recorrer largas distancias. El derecho a este automóvil, por un período de treinta días, fue ganado en un concurso por Jupiter Jones. No obstante, siempre que se trata de un viaje ordinario, usan sus bicicletas, o bien Hans o Konrad los llevan en uno de los camiones de Patio Salvaje.

Jupiter Jones es recio, musculoso y algo redondo. Algunas personas de naturaleza hostil lo llaman «gordinflas». Su cara de luna muestra a veces algo de estupidez, dando ocasión a equívocos. Pero detrás de esa aparente estupidez se oculta una aguda inteligencia. Jupiter posee una mente maravillosa, de la que se enorgullece. Tiene muchas virtudes, si bien la modestia no es una de ellas.

Pete Crenshaw, alto, pelo castaño, nervudo, capaz de muchas proezas atléticas, es la mano derecha de Jupiter a la hora de seguir a sospechosos y en otras actividades peligrosas.

Bob Andrews, de constitución más débil, pelo claro, estudioso, tiene a su cargo la parte burocrática, y también realiza determinadas investigaciones. Trabaja media jornada en la biblioteca local, donde recopila información útil que

ayuda a resolver los casos.

Lo dicho hasta aquí tiene por finalidad no interrumpir la narración para repetir explicaciones que muchos de vosotros ya conocéis a través de libros anteriores.

Pase lo que pase, ¡adelante!, pues el fantasma verde está a punto de chillar.

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

El Fantasma Verde chilla

El grito sorprendió a Bob Andrews y a Pete Crenshaw.

De pie en el sendero saturado de hierbajos, estudiaban un viejo caserón vacío, tan grande como un motel, y con una esquina derruida. La luna transformaba en nebuloso e irreal todo lo circundante.

Bob, con un magnetófono portátil colgado de su cuello, describía la escena. Dejó de hacerlo para volverse a Pete y decir:

—Mucha gente cree que la casa está encantada. Es una lástima que no pensásemos en ella cuando el señor Hitchcock buscaba una casa encantada para una de sus películas.

Bob se refería a la época en que trataron por vez primera al famoso director de cine, y solucionaron el misterioso enigma del Castillo del Terror.

—Seguro que al señor Hitchcock le hubiera gustado esta casa —convino Pete—. Pero no a mí. En realidad, mi nerviosismo aumenta a medida que pasan los segundos. ¿Qué opinas en cuanto a irnos de aquí?

Fue entonces cuando se oyó el grito procedente de la casa.

—*¡Eeeeeeeeeeeh! ¡Aaaaaaaaaah!*

El sonido, muy estridente, era más irracional que humano. El pelo en la nuca de los chicos se puso de punta.

—¿Oíste eso? —Se atragantó Pete—. ¡Ahora sí que nos vamos de aquí!

—¡Espera! —dijo Bob, pese a que todo su ser pugnaba por correr. Luego añadió—: Pondré en marcha el magnetófono por si se repite. Jupiter lo habría hecho.

Se refería a Jupiter Jones, indiscutido jefe de los Tres Investigadores, que no los acompañaba en aquella ocasión.

—Bueno… —Pete no terminó la frase.

Bob había girado el botón del volumen y enfocado el micrófono hacia la vieja mansión vacía entre los árboles.

—*¡Aaaaaaaaaah! ¡Eeeeeeeeeeh!*

De nuevo sonó el grito, que se extinguió lentamente.

—¡Vámonos! —apremió Pete—. Ya hemos oído más de cuanto deseamos.

Bob asintió totalmente de acuerdo con él. Retrocedieron en busca de sus bicicletas.

Pete era un corzo a la hora de correr. Bob no se quedó atrás. Éste, debido a una caída en una rocosa ladera, se había roto una pierna por varios sitios, obligándole a llevar un aparato ortopédico. Pero ya se había curado, luego de un largo período de ejercicios. Precisamente una semana antes del suceso que se narra, había sido autorizado a prescindir del aparato que mantenía rígida su pierna. Eso facilitó que más que correr, volase, en esta ocasión. Sin embargo, la rauda carrera de ambos amigos no les llevó muy lejos.

Unos robustos brazos, repentina e inesperadamente, los detuvieron.

—¡Ay de mí! —gritó Pete, mientras era tirado hacia atrás.

Bob sintióse también detenido en seco. Ninguno de los dos había advertido la presencia de un grupo de hombres en el camino, tras ellos, mientras escuchaban los escalofriantes gritos.

—¡Pardiez, chico! —exclamó el hombre que sujetó a Pete—. ¡Casi me derribas!

—¿Qué fue ese grito? —preguntó el que había impedido que Bob midiera el suelo con su cuerpo.

—No lo sabemos —explicó Pete—. ¡A nosotros nos pareció un fantasma!

—¡No digas bobadas, chico! —respondió uno de los hombres—. Tal vez se trate de alguien en apuros… Quizás un vagabundo…

Los cinco o seis hombres del grupo empezaron a hablar entre ellos, aparentemente olvidados de Pete y Bob. Ninguno de ambos investigadores veía claramente sus rostros. Sin embargo, parecían ir bien vestidos, y ser moradores de la agradable vecindad que rodeaba la descuidada vegetación de la casa vacía, conocida como

Mansión Green.

—Creo que deberíamos entrar —dijo un hombre, en tono de voz profunda. Bob sólo pudo ver que tenía bigote—. Hemos oído un grito. Tal vez haya un herido en la casa.

—Lo acertado sería llamar a la policía —opinó otro que llevaba puesta una chaqueta *sport* a cuadros.

—Opino —habló un tercero, que se distinguía por sus gruesos lentes—, que debemos entrar y echar un vistazo.

—Entren ustedes —accedió el de la chaqueta a cuadros—: mientras, yo avisaré a la policía.

Ya se disponía a irse, cuando el cuarto, que guiaba un perrito desde su traílla, dijo:

—¿Y si es una lechuza o un gato? En tal caso se vería usted sumido en el más espantoso de los ridículos.

El hombre de la chaqueta a cuadros vaciló.

—Bueno…

El más corpulento del grupo tomó el mando.

—Vamos —dijo—. Somos media docena y disponemos de varias linternas. Propongo investigar el interior y luego llamar a la Policía. Vosotros, muchachos, idos a casa; no sois necesarios aquí.

Dicho esto, se adelantó por el sendero de losetas que conducía a la casa, y tras breve indecisión, fue seguido por los demás. El hombre del perro cogió a éste en brazos. El de la chaqueta a cuadros los siguió de mala gana. Pete dijo a Bob:

—Vámonos; ya oíste que no nos necesitan.

—¿Y nos vamos a ir sin averiguar qué fue ese ruido? —preguntó Bob—. ¿Te imaginas lo que diría Jupe?

—Sí que me lo imagino.

—Bueno… yo creo que somos investigadores. Además no hay por qué asustarse, somos muchos.

Bob se apresuró por el camino en seguimiento de los hombres. Pete fue tras él. Los mayores se detuvieron inseguros frente a la entrada principal. El que se había erigido en jefe del grupo empujó la puerta. Ante ellos apareció la negrura insondable de una caverna.

—¡Enciendan las linternas! —gritó—. Hemos de averiguar qué pasa aquí.

El hombre proyectó el haz luminoso de su linterna hacia el interior, y se adentró en la casa. Los otros marcharon pegados a sus

talones; tres conos de luz marcaron brillantes caminos en la oscuridad. Pete y Bob se deslizaron silenciosos tras los hombres.

Pronto se hallaron en un gran vestíbulo. Los hombres enfocaron con sus linternas las paredes cubiertas con lo que en tiempos serían tapices de seda color crema, con escenas orientales.

Un impresionante tramo de escaleras se curvaba en un extremo del vestíbulo. Uno de los hombres dirigió allí su luz.

—¡Vean donde el viejo Mathias Green se rompió el cuello cincuenta años atrás! —dijo—. ¡Huelan el aire! Este lugar lleva cerrado cincuenta años.

—Dicen que esta mansión está encantada —comentó uno de ellos—. Espero que no se nos aparezca el fantasma.

—Parados aquí no avanzaremos nada en nuestra investigación —clamó otro—. ¡Empecemos por la planta baja!

El grupo inspeccionó las grandes habitaciones de aquella planta, desprovistas de muebles. Una gruesa capa de polvo se había enseñoreado de aquel lugar. Un ala del edificio no tenía pared de fondo.

El grupo no halló nada, excepto ecos y habitaciones vacías, que cruzaron sin atreverse a levantar la voz. Luego de recorrer la otra ala del edificio llegaron a lo que parecía ser un gran salón, donde había una impresionante chimenea en un extremo y altas ventanas en el otro. Los hombres se reunieron frente a la chimenea.

—¡Todo inútil! —comentó en voz baja uno de los hombres—. Será mejor que llamemos a la policía. —¡Chist!— interrumpió alguien. Todos se quedaron hondamente silenciosos.

—Me pareció oír algo —dijo uno de ellos—. Quizá no sea otra cosa que un simple animal. Apaguemos las luces y comprobemos si algo se mueve.

Las linternas dejaron de alumbrar. La oscuridad que envolvía el salón quedó amortiguada por la luna que penetraba a través de las sucias ventanas.

De repente una voz entrecortada susurró:

—¡Miren hacia la puerta!

Todos se giraron.

Una figura verdosa interceptaba la puerta por donde habían penetrado. Parecía brillar como iluminada desde su mismo interior, y oscilar como niebla soplada por el viento. A Bob, contenido el

aliento, le pareció un hombre en larga túnica verde.

—¡El fantasma! —susurró muy débilmente una voz—. El viejo Mathias Green.

—¡Enciendan todas las luces! —ordenó el circunstancial jefe—, ¡y enfóquenlas hacia allí!

La verdosa figura pareció resbalar por la pared antes de huir por la puerta. Cuando las tres linternas enfocaron el sitio ya no había nadie.

—Me gustaría hallarme en otro lugar —susurró Pete en el oído de Bob.

—Pudo ser el reflejo del faro de un coche —aventuró uno de los hombres—. De todos modos, veamos qué hay en el vestíbulo.

Todos se apresuraron en ruidoso tropel hacia la puerta, proyectando sus haces de luz. El vestíbulo apareció vacío. Uno de ellos sugirió apagar de nuevo las linternas. Una vez más quedaron sumidos en la oscuridad, tensos los nervios y prietos los labios. El perro, que seguía en brazos de su dueño, soltó un ligero aullido.

Ahora fue Pete quien localizó la figura. Los demás vigilaban a la altura del mismo plano que ocupaban. Al segundo investigador se le ocurrió alzar la cabeza y mirar hacia lo alto de las escaleras. Y en el rellano, vio de nuevo la figura verdosa.

—¡Allí! —gritó—. ¡En las escaleras!

Todos se giraron. Todos vieron la figura que se desplazaba del rellano hacia el segundo piso.



—¡Vamos! —gritó el más fuerte—. Se trata de alguien que nos está gastando una broma. ¡Seguidme y lo cazaremos!

Ascendió las escaleras seguido de los restantes hombres. Pero en el segundo piso no encontraron a nadie.

—Tengo una idea —anunció Bob.

El muchacho se había preguntado qué habría hecho Jupiter de haber estado allí. Creyó saberlo.

—Si alguien ha subido las escaleras antes que nosotros —dijo a los hombres, mientras uno le enfocó una luz al rostro, que le hizo parpadear—, habrá dejado huellas en el polvoriento piso. Y si dejó huellas, podemos seguirlas.

—El chico tiene razón —apoyó el hombre del perro—. Amigos, alumbren el suelo donde ninguno de nosotros haya puesto sus pies.

Tres focos brillantes recorrieron el suelo. Había polvo, mucho polvo, pero no advirtieron pisadas.

—¡Aquí no estuvo nadie! —dijo uno, desconcertado—. Y, en tal caso, ¿qué vimos ascender por las escaleras?

No obtuvo respuesta, pese a que todos sabían en qué pensaban los demás.

—Apaguemos las luces otra vez y comprobemos si aparece de nuevo —sugirió una voz.

—¡Salgamos de aquí! —aconsejó un segundo.

Nadie apoyó su petición, pues se hallaban de acuerdo en esperar acontecimientos.

Eran ocho o nueve, contando a Pete y Bob, y ninguno quería admitir que temblaba por fuera y por dentro.

En la oscuridad, a los pies de las escaleras, se mantuvieron a la espera. Pete y Bob miraban hacia el vestíbulo, cuando uno de los mayores susurró excitado:

—¡A la izquierda! ¡A medio camino del vestíbulo!

Un resplandor verde, tan menguado que apenas era distinguible, se hallaba cerca de la puerta. La figura se hizo más clara. Definitivamente, se trataba de una forma humana vestida con la verde túnica de un mandarín.

—¡No lo asustemos! —sugirió otro—. Veamos qué hace.

—¡Sigámoslo sin prisa! —dijo una voz—. No intenta huir de nosotros.

El fantasma empezó a moverse hacia el vestíbulo, pegado a la

pared. Todos vieron cómo desaparecía por la puerta.

Bob propuso:

—Comprueben si ha dejado huellas, antes de que pisemos nosotros.

Dos haces de luz juguetearon sobre el piso del vestíbulo.

—¡No hay huellas! —exclamó una voz profunda, que sonó algo hueca.

—Ni la más mínima huella en el polvo. Lo que sea, flota en el aire.

—Ya que estamos aquí debemos seguir —animó otro con firmeza.

—Yo conduciré.

Esta vez habló el más fuerte de ellos, que, decidido, avanzó a largas zancadas.

Los otros le siguieron hasta un pasillo por donde había desaparecido la figura verde. Allí se detuvieron. Uno enfocó la linterna encendida hacia el sitio donde vieran alejarse el fantasma, e iluminó dos puertas abiertas. Más allá, el corredor acababa en un lienzo de pared desnuda.

Nuevamente esperaron sumidos en la oscuridad. El fantasma verdoso se deslizó por una de las puertas abiertas, y pegado a la pared, siguió hasta detenerse en el muro sin muebles donde acababa el pasillo. Luego, muy lentamente se desintegró.

Más tarde, Bob diría que dio la sensación de filtrarse a través de la pared.

Tampoco dejó huellas en el polvo.

La policía, que acudió a requerimiento de los hombres, confirmó, por boca de su jefe, el señor Reynolds, que ni ellos lograron descubrir huellas de ningún ser humano, y ni siquiera de animales.

Como todo policía, el señor Reynolds se resistía a creer en la aparición de un fantasma o en gritos sobrenaturales. No obstante, lo afirmaban testigos honorables, y hubo que admitirlo. Por si ello fuera poco, más tarde, aquella misma noche, un vigilante informó que había visto un fantasma verde que se deslizaba junto a la entrada posterior de un gran almacén. La figura desapareció cuando el hombre trató de identificarla. Una señora presa de pánico, telefoneó al señor Reynolds, diciendo que unos gemidos la habían

despertado y que había visto una figura verdosa en su jardín. La figura desapareció al encender ella la luz. En un restaurante, dos camioneros aseguraron haber visto un fantasma detrás de su vehículo.

Finalmente, el señor Reynolds recibió una llamada desde un coche patrulla, informando de la aparición de una figura humana en el cementerio de Las Colinas Verdes de Rocky Beach. El jefe de policía se dirigió raudo al cementerio y cruzó la enorme verja de hierro. En pie junto a un alto monumento blanco se hallaba el fantasma verde. Cuando el señor Reynolds trató de acercarse, la figura se hundió en la tierra y desapareció.

El sorprendido policía dirigió el foco de su linterna al monumento funerario, que resultó pertenecer al desgraciado Mathias Green, muerto al romperse el cuello al caer por las escaleras de su vieja mansión, cincuenta años atrás.

Capítulo 2

Citación para Bob y Pete

—*¡Aaaaaaaaah! ¡Eeeeeeeeeeh!*

El chillido fantasmal no preocupó esta vez a Bob y Pete; procedía del magnetófono.

Los Tres Investigadores se hallaban en el puesto de mando, oculto en el Patio Salvaje de los Jones. Jupiter escuchaba atentamente la cinta que Bob había registrado la noche anterior.

—No hay más gritos, Jupe —dijo Bob—. El resto es sólo conversación con aquellos hombres, hasta que recordé que llevaba en marcha el magnetófono.

Jupiter quiso escucharlo todo. Las voces de los hombres sonaban clarísimas. Finalmente, cerró el conmutador y, preocupado, se presionó el labio inferior con los dedos anular y pulgar, signo evidente de que su cerebro trabajaba sin descanso.

Cuando habló, lo hizo pausadamente, sin prisas ni excitación.

—Suena como un grito humano. Parece el grito de alguien mientras cae por un tramo de escaleras, y termina como si la persona acabara sin fuerzas para gritar más.

—¡Eso es lo que parece! —exclamó Bob—. Precisamente lo que sucedió allí cincuenta años atrás. El anciano Mathias Green se cayó por las escaleras y se rompió el cuello. Probablemente chilló al caer.

—¡Un momento, un momento! —intervino Pete—. ¿Porqué hemos de oír sus gritos cincuenta años después?

—Bueno —aventuró solemnemente Jupiter—. Quizá sea un eco sobrenatural emitido hace cincuenta años.

—¡No digas estas cosas! —protestó Pete—. No me gustan. ¿Cómo vamos a oír un eco de cincuenta años?

—No lo sé —contestó Jupiter—. Bob, tú estás a cargo del registro e investigación burocrática. Relátame con detalle lo sucedido, y qué has averiguado de la historia de la Mansión Green.

Bob aspiró profundo.

—Bueno, Pete y yo fuimos anoche a investigar el lugar, cuando supimos que empezaban a derribarlo. Me pareció una buena historia a publicar en el periódico escolar el próximo otoño. Me llevé el magnetófono para grabar mis impresiones, y después escribir sobre ellas.

»Llevábamos cinco minutos frente a la vieja y fúnebre mansión, cuando apareció la luna. Tras ella vino el grito. Entonces puse en marcha el magnetófono, pues supuse que te gustaría oírlo, si volvía a repetirse.

—Muy bien —animó Jupiter—. Piensas como un detective. Ya he oído lo que dijeron los hombres. Sigue con la vuelta a la casa.

Bob describió detalladamente al fantasma verde, primero abajo, y sucesivamente arriba, en el vestíbulo, y cómo se diluía contra la sólida pared.

—Y no dejó huellas —dijo Pete—. Bob pensó en ellas y pidió que enfocasen las linternas al suelo para examinarlo.

—Excelente labor —aplaudió Jupiter—. ¿Cuántos hombres vieron la aparición del fantasma verde además de vosotros?

—Seis —dijo Pete.

—Siete —corrigió Bob.

Los dos chicos se miraron.

—Seis —repitió Pete—. Estoy seguro. El más fuerte capitaneaba la partida. Aquel otro de voz profunda, el del perrito, un cuarto de gafas, y dos más en los que no me fijé mucho.

—Quizá tengas razón —admitió Bob, inseguro—. Los conté dentro de la casa cuando todos se movían. Una vez conté seis y dos veces conté siete.

—Bueno, eso carece de importancia —intervino Jupiter, olvidando que en cualquier misterio el hecho más mínimo puede ser de capital interés—. Ahora cuéntame la historia de esa vieja mansión.

—Pues verás —siguió Bob—. Cuando salimos de la casa, los hombres se dividieron en dos grupos. Uno se encargó de avisar a la policía. Esta mañana la prensa dedica grandes espacios al suceso.

Antes de venir aquí estuve un rato en la biblioteca. Desgraciadamente, allí no hay datos de la Mansión Green, pues hace mucho que se construyó, incluso antes de que Rocky Beach fuera una ciudad o tuviera biblioteca.

Pero según se dice en los periódicos, fue edificada sesenta o setenta años atrás, por Mathias Green, traficante especializado en artículos chinos. Parece ser que era un hombre muy duro. Y si bien no se sabe mucho de él, se cuenta que tuvo jaleos en China, de donde se vio precisado a salir de prisa. Regresó a San Francisco acompañado de una bella princesa china, su mujer. En esta ciudad tuvo diferencias con su única pariente conocida, viuda de un hermano suyo, y se vino a vivir aquí.

Pero otra versión habla de que temía la venganza de unos nobles chinos, tal vez la familia de su esposa, y que construyó esta mansión para ocultarse. La región de Rocky Beach era muy salvaje en aquella época.

El caso es que vivió aquí rodeado de numerosa servidumbre china. Green gustaba vestir túnicas verdes cual noble manchú. Todo cuanto necesitaba se lo enviaban en carretas desde Los Ángeles cada semana. Un día el carretero halló la casa despoblada. Sólo encontró a Mathias Green, que yacía al pie de las escaleras con el cuello roto.

La policía dedujo que el hombre había bebido más de la cuenta y se cayó escaleras abajo. Los criados chinos debieron huir aquella misma noche, temerosos de ser culpados. Incluso la esposa china desapareció.

Nunca más se supo de ellos, y, consiguientemente, nadie ha contado la verdad de lo sucedido en casa de Mathias Green. En aquella época, los chinos de este país se mostraban esquivos y temerosos de la ley. Ello hace suponer que los sirvientes regresaron a China o se fueron a San Francisco, donde hallarían refugio seguro en su barrio chino.

La viuda de su hermano heredó todos sus bienes y se compró una finca en Verdant Valley, cerca de San Francisco. No quiso vivir aquí, ni tampoco vender la casa. Incluso después de morir ella, la Mansión Green siguió deshabitada. Hace unos meses, Lydia Green, sobrina de Mathias, vendió la propiedad a una empresa inmobiliaria que piensa construir casas en los terrenos de la finca.

Y eso es cuanto puedo decir.

—Muy bien resumido —aplaudió Jupiter—. Ahora examinemos los periódicos.

Extendieron tres diarios sobre el escritorio. Uno era de Los Ángeles, otro de San Francisco y el tercero de Rocky Beach. Este último dedicaba grandes titulares a los extraños sucesos de la noche anterior, si bien la prensa de las otras ciudades concedía abundante espacio y dramáticos titulares, como:

¡CHILLA UN FANTASMA QUE ABANDONA
SU HOGAR EN RUINA Y SIEMBRA

EL TERROR EN ROCKY BEACH!

¡EL FANTASMA VERDE SE
TRASLADA A ROCKY BEACH AL
SER DERRUIDO SU HOGAR!

¡EL FANTASMA VERDE HUYE DE
LAS RUINAS DE SU HOGAR Y
BUSCA NUEVO ALOJAMIENTO!

Había otras noticias redactadas en vena humorística, que facilitaban datos, como bien dijera Bob. Sólo faltaba la historia de que el jefe de policía Reynolds y dos de sus hombres habían visto el fantasma verde en un cementerio. Reynolds prefirió guardarlo en secreto, para no convertirse en el hazmerreír de la gente.

—El periódico dice —observó Jupiter refiriéndose al «Rocky Beach News»—, que el fantasma fue visto en la parte exterior de un gran almacén, en el jardín de una mujer, y finalmente tras varios camiones aparcados frente a un gran restaurante. Todo esto induce a pensar que el pobre fantasma buscaba un sitio donde refugiarse.

—Sí —comentó Pete, sarcástico—. Tal vez hacía autostop para trasladarse a Rocky Beach sin pagar un céntimo.

—Quién sabe —respondió Jupiter—. Claro que un fantasma no acostumbra a valerse de medios mundanos de transporte.

—Tus parrafadas —gimió Pete, que puso la cabeza entre los brazos, anonadado por el lenguaje de Jupiter—. ¡Parrafadas de Jupiter Jones! ¿Sabes que no sé lo que significa medios mundanos?

—Me refiero a medios ordinarios —aclaró Jupiter—. Bien, todo es muy misterioso, y hasta que no surjan nuevos hechos…

Fue interrumpido por la voz de su tía. Mathilda Jones era una

mujer corpulenta, y su voz muy potente. Era ella quien regía el Patio Salvaje de los Jones, el negocio de la familia.

—¡Bob Andrews! —Oyeron que gritaba—. Sal de detrás de toda esta chatarra. Tu padre está aquí y quiere verte. ¡Que también salga Pete!

Capítulo 3

La habitación oculta

Los tres chicos se deslizaron por el largo tubo que formaba el túnel dos, la entrada secreta que usaban con preferencia. Habían colocado alfombras sobre el fondo para deslizarse sin hacerse daño en las rodillas y con la rapidez de una anguila. No tardaron en aparecer junto a la limpia cabaña que servía de oficina.

Allí estaba tía Mathilda hablando con el padre de Bob, hombre alto, de ojos chispeantes y bigote castaño.

—¡Al fin, hijo! Vamos, hemos de darnos prisa. El jefe de policía quiere hablar con vosotros.

Pete tragó saliva. ¡El jefe de policía quería hablar con ellos!

Los redondos rasgos de Jupiter se animaron.

—¿Puedo ir también, señor Andrews? Después de todo formamos equipo.

—Supongo que un chico más no importará —se sonrió el señor Andrews—. Bien, vámonos. El señor Reynolds nos espera en un coche patrulla. Nos llevará en él.

Junto a la verja esperaba un sedán negro. El jefe de policía, un hombre voluminoso, algo calvo, estaba al volante. Su boca y barbilla reflejaban preocupación.

—Buen trabajo, Bill —dijo al padre de Bob—. Ahora, de prisa. Recuerde que somos vecinos. Cuento con su ayuda en lo que se refiere a prensa local si este asunto loco se vuelve aún más loco.

—Puede contar conmigo, Reynolds —dijo el señor Andrews—. Mientras nos encaminamos a la Mansión Green, ¿por qué no permite que mi hijo cuente lo que él y su amigo observaron anoche?

—Desembucha, Bob —intervino Reynolds, poniendo el coche a

vertiginosa velocidad—. Escuché la versión de dos hombres que estuvieron allí, y me gustaría oír la vuestra.

Bob refirió lo que ellos presenciaron.

El señor Reynolds se mordía los labios mientras escuchaba.

—Sí, coincide con lo que ellos contaron —dijo lúgubremente—. No obstante, ni siquiera con tantos testigos me hubiera convencido, a no ser…

El padre de Bob, astuto reportero, lo miró.

—Comprendo, Sam; usted mismo lo vio. Por eso no grita que es imposible.

—Sí —el policía suspiró—. Yo también lo vi en el cementerio. Estaba de pie junto al panteón de mármol donde yace enterrado Mathias Green. Y, ¡maldición!, mientras lo contemplaba, la figura verde se hundió en la tierra, justo sobre la tumba y desapareció.

Los Tres investigadores, sentados en el filo del asiento, escuchaban muy atentos e impresionados. El señor Andrews preguntó:

—¿Puedo citar eso, Sam?

—¡No! Sabe muy bien que no puede hacerlo —masculló Reynolds—. Eso no es publicable. En cuanto a vosotros, chicos, me olvidé de que estabais presentes. Por favor, no repetirlo ante nadie.

—Descuide, señor —aseguró Jupiter.

Reynolds continuó:

—Esa figura fue vista por dos camioneros, la mujer que me telefoneó, el vigilante nocturno del almacén, yo mismo y dos de mis hombres. Y, además, por estos chicos.

—Eso hace nueve, Sam —intervino el señor Andrews.

—Nueve, más seis hombres que fueron a ver la vieja casa. Quince en total. ¡Quince testigos de una figura fantasmal!

—¿Fueron seis hombres los que estuvieron en la mansión Green? —preguntó Jupiter—. Pete y Bob no se ponen de acuerdo en cuanto al número.

—No estoy seguro —gruñó el policía—. Cuatro de aquellos hombres me informaron de lo sucedido. Tres dijeron que eran seis y uno que siete. Aún no he hablado con los otros; no pude localizarlos. Supongo que no les gustará la publicidad. Aun así, son quince o dieciséis testigos. Demasiados para imaginar cualquier cosa. Hubiera preferido tomarlo como una broma o un truco, pero

lo vi yo mismo. Vi cómo desaparecía en la tumba.

El coche giró hacia el sendero de la alta hierba que terminaba delante de la Mansión Green. De día era impresionante, pese a mostrar derruida una parte. Dos policías montaban guardia a la puerta. Otro hombre con traje castaño parecía aguardarlos con impaciencia.

—¿Quién será éste? Probablemente otro reportero —dijo Reynolds, descendiendo del coche.

—¡Señor Reynolds! —El hombre del traje castaño habló rápidamente y con agradable voz, acercándose a ellos—. ¿Es usted el señor Reynolds? Hace rato que sus hombres no me dejan penetrar en casa de mi cliente.

—¿En casa de su cliente? ¿Quién es usted?

—Harold Carlson. La casa es de la señorita Lydia Green. Soy su abogado y también primo suyo. Represento sus intereses. Esta mañana leí en los periódicos los acontecimientos de anoche, y sin pérdida de tiempo vine desde San Francisco. Quiero saber qué ocurre aquí. Toda esa historia suena a fantástica necedad.

—Fantástica, sí —concedió el jefe—. Pero no una necedad. Bien, señor Carlson, me alegro de que haya venido. En realidad, nos ahorra tener que llamarlo. Aposté a mis hombres aquí para mantener alejados a los curiosos. Ésa es la razón de que no le dejaran entrar. Ahora entraremos todos. Dos de estos chavales fueron testigos presenciales de los hechos. Los he traído para que me señalen exactamente dónde… dónde apareció la extraña figura.

Presentó a los muchachos y al señor Andrews. Reynolds entró en la casa, dejando fuera a sus dos hombres. Las grandes habitaciones, tenuemente iluminadas, aún conservaban cierta atmósfera de aparición. Bob y Pete mostraron al jefe de policía donde habían estado ellos, y donde apareciera por primera vez la verdosa figura.

Pete señaló hacia arriba.

—Se deslizó por esas escaleras y por el pasillo. Antes de seguirlo, examinamos el suelo en busca de huellas. Fue idea de Bob. Pero no hallamos señales en el polvo.

—Bien hecho, hijo —exclamó el señor Andrews, golpeando suavemente el hombro de Bob.

—El fantasma se adentró en aquel pasillo —añadió Pete, señalándolo—, y se detuvo contra la pared más lejana. Después se

esfumó en la pared.

—¡Hum! —Gruñó el señor Reynolds, mientras los demás contemplaban la pared en blanco.

Carlson, el abogado, sacudió la cabeza sin poderlo evitar.

—No lo comprendo —dijo—. Sencillamente no lo comprendo. Desde luego, siempre se han contado historias acerca del encantamiento de esta casa, pero jamás creí en ellas. Ahora… no sé… no sé qué pensar.

—Señor Carlson —preguntó el policía—. ¿Tiene usted idea de lo que pueda haber detrás de esta pared?

El abogado parpadeó.

—Pues no… ¿Y qué puede haber detrás de ella?

—Para eso estamos aquí, para averiguarlo —respondió el jefe—. Celebro que usted haya venido.

Esta mañana uno de los obreros que derriban la casa trabajaba sobre una escalera, por el lado exterior. Este pasillo está fuera de la sección que ha sido derruida en parte. No obstante vio algo y dejó de trabajar para llamarme.

El señor Carlson frunció el ceño.

—¿Y qué fue ello?

—No está seguro —respondió el policía—. Pero cree que hay una habitación secreta detrás de aquella pared. Aprovecharemos la presencia de usted para derruirla y ver qué hay tras ella.

Harold Carlson se frotó la frente y miró al señor Andrews que tomaba notas.

—¿Una habitación secreta? —inquirió aturdido—. No se habla de ninguna habitación secreta en ninguna de las historias familiares acerca de esta casa.

Los tres jóvenes casi saltaban de entusiasmo al ver a dos policías que entraban. Uno provisto de un hacha y otro de una palanca.

—Bien, abran un boquete en la pared —ordenó el jefe, que se volvió al señor Carlson—: Supongo que usted también lo desea.

—¡Naturalmente! —confirmó el abogado—. Después de todo, se está derruyendo la casa.

Los dos policías atacaron la pared. Pronto hicieron un boquete, que hizo evidente la presencia de un espacio de regular dimensión. Cuando el agujero fue lo suficiente grande para el paso de un hombre, el señor Reynolds se acercó y paseó la luz de su linterna

por el interior.

—¡Pardiez! —gritó, y se introdujo por la abertura.

El padre de Bob y el señor Carlson lo siguieron. Desde fuera los chicos oyeron sus exclamaciones de asombro.

Jupiter se deslizó también por el orificio. Bob y Pete imitaron su ejemplo. Así se hallaron en el interior de una reducida habitación de dos por tres metros. Luz diurna se filtraba por una grieta en la pared exterior, hecha por los obreros.

Los muchachos comprendieron por qué los mayores se habían excitado. Allí había un féretro.

Estaba colocado sobre dos caballetes de madera. La caja se veía magníficamente labrada y pulimentada. Pero fue su contenido lo que llamó la atención de los hombres.

Los chicos se colocaron detrás de ellos y miraron. Los tres contuvieron el aliento.

Había un esqueleto en el féretro, vestido con lujosas ropas, en parte destrozadas por la acción del tiempo.

Durante un momento nadie dijo nada. Luego habló Harold Carlson:

—¡Lean la placa de plata que hay en el féretro! Dice: «Aquí yace la muy amada esposa de Mathias Green. Descanse en paz».

—¡La esposa china del viejo Mathias Green! —exclamó el jefe de policía.

—Todos creyeron que había huido cuando falleció su esposo —dijo el padre de Bob.

—Sí —convino Harold Carlson—. ¡Vean esto! Tendré que recogerlo. Pertenece a la familia, señor Reynolds.

El abogado se inclinó sobre el ataúd. Lo que hizo no pudieron verlo los chicos, pues los cuerpos de los mayores bloqueaban la visión. Momentos después, el señor Carlson alzó una larga cuenta de objetos redondos. La linterna del jefe de policía iluminó su extraño color, gris mate.

—¡Éste es el famoso collar de perlas que el tío abuelo Mathias debió robar a un noble chino! Dicen que fue la causa de que huyeran de China y se ocultasen. ¡Tiene un valor inmenso! Creíamos que había desaparecido para siempre. Estábamos convencidos de que la esposa china se marchó con las perlas y regresó a Oriente. Sin embargo, estuvieron siempre aquí.

—Lo mismo que ella —comentó el señor Andrews.



Capítulo 4

Una llamada telefónica inesperada

En el puesto de mando, al día siguiente, Pete recortaba historias y fotografías de los periódicos. Bob las pegaba en un voluminoso álbum. El señor Andrews no pudo evitar la publicidad en torno a Rocky Beach, basada en la historia de la Mansión Green y el fantasma verde.

Los reporteros bucearon el pasado de Mathias Green. Sus artículos contaban que fue un capitán sin escrúpulos dedicado al comercio en China. Su temerario valor desafiaba a las tempestades, y su barco jamás retrocedía ante los furiosos elementos desencadenados.

Contaron que había sido consejero y amigo personal de varios nobles manchúes, y que recibió muchas joyas, obsequio de ellos. Pero aquel collar de perlas no le fue regalado. Lo había robado antes de abandonar precipitadamente China con su esposa, para no regresar jamás. El resto de su vida lo pasó recluido en la Mansión Green.

—¿Te imaginas la importancia de que todo esto ocurra aquí, en Rocky Beach? —Preguntó Bob, que añadió—: ¿Sabes lo que piensan el señor Reynolds y mi padre?

Un roce de metal atrajo la atención de ambos muchachos. Era la rejilla de hierro que ocultaba la entrada del túnel dos. Luego oyeron un ruido amortiguado. Identificaron a Jupe que gateaba por el tubo que formaba el largo túnel dos. Seguidamente escucharon los golpecitos clave en la trampilla, que se abrió hacia arriba. El primer investigador apareció sudoroso y acalorado.

—¡Cáspita! —dijo—. Hace calor —y añadió—: He estado

pensando.

—Ten cuidado, Jupe —aconsejó Pete—. No exageres la nota. El sudor puede estropear los engranajes de tu cerebro. Y no queremos verte reducido a la condición de un chico normal como nosotros.

Bob se rió. Sabía que Pete estaba muy orgulloso de la habilidad mental de su camarada. Pero le gustaba embromarlo de cuando en cuando. Con eso no molestaba a nadie. Jupiter encajaba sus chanzas sin pestañear. Pero la modestia no era su fuerte. Quizá por eso lo miró despectivo.

—Trato de sacar conclusiones —dijo, sentándose en la silla giratoria, detrás del escritorio—. He intentado imaginarme lo que sucedió en la Mansión Green hace muchos años.

—Pudiste ahorrarte ese trabajo —saltó Bob—. Mi padre me explicó sus deducciones y las del señor Reynolds.

—He llegado a la conclusión —dijo—, de que en primer lugar…

Bob lo interrumpió.

—Ellos creen que la señora Green debió morir de alguna enfermedad.

El tercer investigador sumióse en recreativa meditación durante largos segundos. Evidentemente, raras veces lograba información tan autorizada, y no quería desaprovechar la oportunidad de exponer noticias tales. Bob siguió.

—Su marido, viejo lobo de mar, la puso en aquel maravilloso féretro, pero no quiso separarse de ella. Por eso la ocultó en la pequeña habitación que hay al final del pasillo y tapió la puerta, empapelando la pared para que ningún extraño descubriese la tumba secreta que diera a su amada.

»Era un modo de conservarla junto a él. De momento nadie sabe cuánto tiempo ha durado esta anormalidad. Un día Mathias Green se cayó por las escaleras. Los criados comprobaron que había muerto, y presa de pánico, tal vez huyeron al barrio chino de San Francisco, confundiéndose entre los de su raza, o bien regresaron a China. Es muy posible que alguno de ellos hubiera entrado ilegalmente en el país. Cualquiera que sea el caso, China, en aquella época, vivía en período de inestabilidad política y no facilitaba información a los occidentales. Esto habría de convertirse en eficaz pantalla de humo para la servidumbre del señor Green.

»La mujer de su difunto hermano pasó a heredar todos sus

bienes. Con el dinero de su cuñado se compró una gran finca rústica cerca de San Francisco, en Verdant Valley. Ni ella ni su hija Lydia vinieron jamás a Rocky Beach.

—Por alguna razón desconocida, el fantasma del viejo Mathias Green se ha enojado al ser derruida la mansión —intervino Pete—. Quizá chillara su desconsuelo en la habitación oculta, al visitar por última vez a su esposa. Después… bueno, después abandonó su morada.

Jupiter no ocultó cierto grado de irritación. En realidad, aquéllas habían sido las conclusiones a que llegara, luego de una noche de insomnio. Pero supo reaccionar y adoptó un cierto aire de superioridad que lo caracterizaba.

—Pareces muy seguro de que se trata de un fantasma —gruñó—. Y también de que es nada menos que el fantasma de Mathias Green.

—¡Nosotros lo vimos! —replicó Pete—. ¡Si aquello no era un fantasma, jamás he visto uno!

Y nunca había visto uno, al menos antes. Pero este detalle carecía de importancia.

—Si no era un fantasma, ¿qué era? —preguntó Bob—. El jefe de la policía te recompensará cualquier idea nueva que ayude al esclarecimiento del caso, ¡no lo dudes!

Jupiter parpadeó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sí —añadió Pete, mostrándose interesado—. ¿Qué insinúas respecto al jefe?

—Todos le oímos afirmar ayer que vio el fantasma —comentó Bob—. Mi padre asegura que está muy trastornado, porque oficialmente no puede admitir que haya visto un fantasma. ¿Cómo ordenar a sus hombres que intenten cazarlo? Pero está convencido de haberlo visto con sus propios ojos. Luego, si alguien le demuestra que sufrió un espejismo, sin duda le quedará muy agradecido.

El rostro de Jupiter se animó.

—¡Hum! —exclamó—. Quizá merezca la pena investigar el caso del Fantasma Verde, para complacer al señor Reynolds. Por otra parte, intuyo que hay mucho más misterio del que aparenta haber.

—¡Eh, aguarda un momento! —chilló Pete—. El jefe de policía no ha pedido que lo relevemos en su obligación de investigar el caso. En cuanto a mí, no contéis con mi concurso, si se trata de

fisgonear la vida de un fantasma verde.

Pero Bob se hallaba tan interesado como Jupiter.

—En nuestra consigna reza: «Lo investigamos todo» —recordó a Pete—. Me gustaría comprobar por mí mismo si vimos un fantasma o no. Ahora bien, ¿cómo darle caza?

—Repasemos el caso desde el principio —animó Jupiter—. Antes, decidme, ¿se volvió a ver el fantasma anoche?

—No, según la prensa —informó Bob—. Mi padre asegura que el jefe de policía carece de nuevos informes.

—¿Habló tu padre con los hombres que vieron el fantasma la otra noche? —preguntó Jupiter.

—Acompañó al señor Reynolds. Pero sólo pudieron localizar a cuatro de ellos; el más corpulento, el del perrito, y otros dos. Dijeron exactamente lo que está escrito en mis notas.

—¿Y los otros dos o tres?

—No pudieron hallarlos. Mi padre supone que no desean publicidad, a fin de que sus parientes y amigos no les gasten bromas sobre fantasmas. Por otra parte estoy seguro de que eran tres más, y no dos.

—¿Por qué fueron a ver la casa?

—Según los que han sido localizados, fueron convencidos por dos hombres desconocidos a visitar la mansión a la luz de la luna antes de que la derrumben. Se mostraron tan convincentes, que los demás se animaron y fueron con ellos.

Dicen que al llegar al camino oyeron el grito. Y ya sabes el resto.

—¿Han suspendido la demolición de la casa?

—De momento, sí. El jefe de policía ordenó se buscasen más habitaciones secretas, y el resultado fue negativo. Pese a ello, la policía vigila el edificio y no deja que se acerquen los curiosos. Mi padre cuenta que se han suscitado habladurías sobre suspensión del derribo y construcción de un nuevo edificio, debido al exceso de publicidad.

Jupiter pensó intensamente durante varios minutos.

—Bien —dijo al final—. Escuchemos otra vez la cinta que grabaste, Bob. Es la única pista que poseemos.

Bob puso en marcha el magnetófono, y el terrorífico grito sonó en sus oídos. Luego oyeron la conversación de los hombres que se unieran a ellos. Jupiter frunció el ceño.

—Una parte de esta cinta agita algo en mi mente —dijo—, pero no acabo de cogerlo. ¿Qué clase de perro es ese que gruñe?

—¿Qué importa eso? —explotó Pete.

—Cualquier cosa puede ser importante, Pete —afirmó Jupiter.

—Un pequeño foxterrier de pelo de alambre —explicó Bob—. ¿Te sugiere eso alguna idea, Jupe?

Éste admitió su fracaso. Una y otra vez escucharon la cinta. Algo en ella preocupaba a Jupe, si bien ignoraba el qué. Finalmente paró el magnetófono y se puso a estudiar los recortes de periódicos.

—Desde luego, parece como si el fantasma se hubiera mudado de ciudad —comentó Pete—. ¡Es como si hubieran demolido la casa para obligarlo a irse!

Jupiter buscaba una respuesta a la aseveración de su amigo, cuando sonó el teléfono.

—¡Hola! —saludó.

Los otros dos escucharon la conversación por el altavoz conectado al teléfono.

—Conferencia interurbana —dijo una voz de mujer—, para Bob Andrews.

Los chicos se miraron sorprendidos. Era la primera llamada interurbana que recibían.

—Para ti, Bob —habló Jupiter alargándole el receptor.

—Hola —saludó éste—. Bob Andrews al aparato.

—¡Hola, Bob!

Todos oyeron la voz de mujer.

—Soy la señorita Lydia Green, y llamo desde Verdant Valley.

¡Lydia Green, la sobrina del viejo Mathias Green, cuyo fantasma vieran Bob y Pete!

—Dígame, señorita Green.

—Quiero pedirte un favor. ¿Sería posible que vinieras con tu amigo Pete Crenshaw a Verdant Valley?

—¿A Verdant Valley? —repitió aturdido Bob.

—Deseo hablar con vosotros. Según todas las noticias, visteis a mi tío… bueno, su fantasma. Necesito escuchar la versión de un testigo visual, sobre su aspecto, hechos y demás pormenores… —Su voz pareció fallar—. ¡El fantasma vino a Verdant Valley! ¡Lo vi en mi habitación!

Capítulo 5

El Fantasma aparece de nuevo

Bob miró a Jupiter, que asintió con la cabeza.

—Deseamos complacerla, señorita Green —dijo Bob—. ¡Claro que podemos ir! Bueno, siempre que no se opongan nuestras familias.

—¡Oh, cuánto me alegro! —La señorita Green pareció suspirar aliviada—. Ya me puse en contacto con vuestras madres, y me dijeron que accedían. Verdant Valley es un lugar muy pacífico. Mi sobrino Charles Chang Green, será un excelente compañero para vosotros. Ha pasado la mayor parte de su vida en China.

La señorita Green dio instrucciones para el viaje. Debían tomar el reactor de las seis de la tarde, que los llevaría a San Francisco, en cuyo aeropuerto aguardaría ella para acompañarles hasta Verdant Valley. Luego de darles una vez más las gracias, colgó.

—¡Recastaña! —exclamó Bob—. Jamás me hubiera imaginado que narrar la historia de un fantasma tuviera por premio un viaje estupendo. ¡Lo malo es que no te invitó a ti, Jupe!

Si éste se hallaba desilusionado, lo disimuló muy bien.

—Yo no vi el fantasma —dijo—. De todos modos tampoco podría. Mis tíos emprenden viaje a San Diego en el camión grande para comprar una gran partida de material sobrante de la Marina, y he de quedarme al frente del negocio.

—¡Pero nosotros formamos un equipo! —objetó Pete—. No me seduce la idea de viajar sin ti, Jupe. Y mucho menos con un fantasma de por medio.

Jupiter se presionó el labio.

—Quizá sea una circunstancia afortunada —dijo—. Si el

fantasma ha sido visto en Verdant Valley, vosotros investigaréis estas circunstancias para el señor Reynolds. Yo seguiré todas las pistas que pueda aquí. La ventaja de un equipo es el seguir dos o tres líneas distintas de investigación al mismo tiempo.

El argumento de Jupiter era irrebatible. Bob y Pete se fueron a sus respectivas casas para prepararse. Sus madres habían dispuesto ya sendas maletas. Ellos añadieron sus linternas y el trozo especial de yeso asignado a cada uno —verde para Bob y azul para Pete—. Así podrían hacer la marca de los Tres Investigadores, de ser necesario.

La señora Andrews los acompañó al moderno Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

—Telefonéame los sucesos —recomendó Jupiter a Bob—. No te preocupes por lo que valgan las llamadas. Si el fantasma está allí, me las ingeniaré para reunirme con vosotros.

Antes de que los muchachos subieran al reactor, la señora Andrews hizo la última recomendación a su hijo.

—Vigila tus modales, Robert. Espero que vuestros informes sean de gran ayuda para la señora Green; si bien comprendo que todo eso es muy confuso. Tu padre opina que hay mucho más de lo que a simple vista parece.

La señorita Green goza de excelente reputación. Su finca en Verdant Valley es un modelo de explotación agrícola. Tiene grandes viñedos y cosecha vinos en abundancia. Su marca es Vinícola 3-V. También es dueña de caballos. Podréis cabalgar con su sobrino, y pasarlo muy bien.

Minutos después subían al gigantesco reactor que no tardó en volar hacia el norte. El viaje duraría sólo una hora, sin apenas tiempo para recrearse en él. Establecido el vuelo horizontal, después de elevarse el mastodonte de los aires, una azafata sirvió bandejas de plástico repletas de comida.

Los dos investigadores saciaron su apetito, y luego contemplaron el majestuoso panorama a sus pies, hasta que aterrizaron en el aeropuerto de San Francisco.

Se encontraron con un chico, casi tan alto como Pete, aunque más ancho de hombros, que avanzó unos pasos para saludarlos. Era bien parecido y muy americano, excepto por sus ojos oblicuos de oriental.

Charles Green, a quien todos llamaban Chang, dijo ser chino en una cuarta parte de su persona, y haber vivido mucho tiempo en Hong Kong. Les ayudó a retirar sus maletas y bolsas de viaje de la sección de equipajes. Luego los condujo a través de una atestada calle a un grandioso aparcamiento. Los tres subieron a un microbús, a cuyo volante permanecía un joven de apariencia mejicana.

—Pedro, éstos son nuestros huéspedes: Pete Crenshaw y Bob Andrews. Llévanos directamente a Verdant Valley —dijo Chang—. Comieron en el avión, y no es preciso detenernos en el camino.

—Sí, señor Chang —asintió Pedro.

Los muchachos se acomodaron en los asientos tras el conductor. Pete y Bob intentaron hablar, formular preguntas y mirar cuanto les rodeaba, y todo ello al mismo tiempo. Ambos se mostraron desilusionados al advertir que eludían la ciudad de San Francisco, para dirigirse hacia las montañas.

—Vamos a Verdant Valley, donde mi honorable tía regenta la Vinícola 3-V —dijo Chang Green—. Mi tía dice que soy por derecho el propietario de aquello; empero, nunca he soñado en hacerme cargo de la finca.

Pete y Bob se miraron sorprendidos. Luego esperaron a que él se explicara.

Resultó que Chang era biznieto de Mathias Green. Éste había contraído matrimonio, segundas nupcias, con la princesa china cuyo esqueleto apareciera en la Mansión Green. Su primera esposa lo acompañaba en todos los viajes, antes de fallecer a consecuencia de unas fiebres.

El matrimonio tuvo un hijo varón. Mathias, imposibilitado de cuidarse del niño, lo internó en una escuela de misioneros americanos en Hong Kong. Pasado algún tiempo, Mathias se puso en dificultades con la policía al apropiarse ilegalmente del collar de perlas. Entonces se casó con una bella princesa china y regresó a Norteamérica, dejando a su hijo en Hong Kong.

Elija Green, llegó a ser médico en la misión norteamericana en China, y se casó con una mujer nativa. Ambos murieron de fiebre amarilla, y su hijo Thomas creció en la escuela de la misión. Thomas, padre de Chang, jamás tuvo noticias de sus familiares americanos, pues Elija rehusó siempre hablar de Mathias Green. También fue médico y se casó con la hija de un misionero de

nacionalidad inglesa. Un día, su barca zozobró en el gran río Amarillo y se ahogaron.

Pete y Bob vieron que Chang tragaba con dificultad.

—Eran tiempos difíciles en China —dijo—. Una familia consiguió rescatarme de las aguas. Durante algunos años viví con ellos en el país de Confucio. Empero las condiciones políticas que sufría el país, pusieron en grave peligro mi vida por el solo hecho de ser americano. Entonces aquella familia decidió emigrar a Hong Kong para ponerme a salvo.

Yo ignoraba mi nombre verdadero. Estuve algunos años en la escuela de los misioneros, como sucediera a mi padre y a mi abuelo. Un día, uno de mis profesores me oyó decir el nombre de pila de mis padres, y decidió investigar en el archivo de la misión. Así supe que mi verdadero nombre era Green. El profesor escribió a tía Lydia, y ella me mandó buscar.

Desde entonces vivo aquí. Ella es muy buena y yo deseo ayudarla, ahora que se encuentra abatida. Tío Harold también está muy preocupado con esas historias del fantasma de mi bisabuelo. No puedo explicaros todo ahora, pues muchas cosas ni siquiera las entiendo, ¡ya lo comprobaréis vosotros mismos!

Bob quiso formular una pregunta, pero la idea huyó de su mente. Todo el día, todo el viaje, resultó muy excitante.

La veloz carrera del microbús le produjo un estado de relajación. Sus párpados se cerraron y se durmió.

La brusca detención del vehículo lo despertó sobresaltado. El sol se había hundido tras una montaña. Estaban frente a una casa alta y vieja, construida de piedras y madera, en un pequeño valle, limitado por una ladera casi vertical de la montaña. El valle parecía ser largo y estrecho, si bien la semioscuridad que lo envolvía frustraba su visión completa. Empero, sí pudo apreciar que eran muchas las hectáreas de tierra donde crecían pequeños arbustos, indudablemente cepas de vides.

—¡Despierta! —gritó Pete—. Hemos llegado.

Bob ahogó un bostezo, y saltó fuera. Chang los condujo por un largo tramo de escalones de madera hasta el porche de la casa.

—Ésta es casa Verdant. Como bien sabréis, Verdant significa verde. Mi tía eligió este nombre porque nuestro apellido es Green. Ahora la conoceréis. Está ansiosa de veros.

Entraron en un gran vestíbulo recubierto de madera de pino californiano. Una mujer alta, delgada, y de aspecto digno salió de una habitación a saludarlos.

—Buenas tardes, muchachos. Celebro que estéis aquí. ¿Habéis tenido buen viaje?

Le dijeron que sí, y ella los hizo pasar al comedor.

—Seguro que tendréis apetito, aunque hayáis comido en el reactor. Los chicos siempre tienen hambre. Ahora dejaré que saciéis vuestro apetito y conozcáis a Chang. Hablaremos mañana. Hoy ha sido un día muy ajetreado y estoy cansada. Quiero acostarme temprano.

Golpeó un pequeño gong de bronce chino, y una anciana entró en la estancia.

—Puedes servir la cena, Li —dijo la señorita Green—. Chang también querrá comer algo.

—Los chicos siempre tienen hambre —repitió la anciana—. Los alimentaré bien.

Al irse la mujer china, entró un hombre que Bob y Pete conocieron como Harold Carlson, a quien vieran en Rocky Beach cuando el esqueleto de la habitación secreta fue descubierta. Estaba preocupado.

—¡Hola, chicos! —Su voz fue agradable—. Nunca hubiera imaginado que después de conocernos en tan extrañas circunstancias, volveríamos a encontramos aquí. Pero —sacudió la cabeza—, francamente, no sé qué pensar.

—Buenas noches, muchachos —se despidió la señorita Green—. Me voy a mi dormitorio. Harold, ¿quieres ayudarme?

—¡Cómo no, tía Lydia!

El señor Carlson cogió por el codo a la señorita Green, y salieron de la estancia. Chang encendió las luces.

—Oscurece en pocos minutos en la calle —dijo—. Ahora es prácticamente de noche fuera. Comamos primero y luego intentaré contaros algo más de nosotros. ¿O preferís hacerme preguntas?

—Hablar, hablar, siempre hablar —exclamó la china que empujaba un carrito hacia ellos—. Ahora es hora de comer. Así creceréis fuertes y robustos. ¡Vamos, sentaos!

Sirvió una bandeja de buey asado, pan, ensalada y otros manjares fríos. Bob descubrió asombrado que, realmente, sentíase

hambriento. Los tres muchachos se encaminaron a la mesa.

Pero la comida iba a sufrir un retraso. Empezaban a sentarse, cuando oyeron un taladrante grito. Luego sobrevino un silencio sepulcral.

—¡Fue tía Lydia! —dijo Chang, poniéndose en pie de un salto—. ¡Algo sucede!

Corrió hacia la escalera. Bob, Pete, la vieja Li y otros sirvientes que aparecieron por distintos lugares, siguieron a Chang.

Al final del corredor y a través de una puerta, vieron al señor Carlson inclinado sobre la señorita Green, tendida en la cama. Le hacía masajes en las muñecas y le hablaba premioso.

—¡Tía Lydia! ¿Puedes oírme, tía Lydia? —Al ver a los otros, gritó—: ¡Li, traiga en seguida las sales de baño de la señorita!

La anciana se precipitó al baño y regresó con un pequeño frasco. Mientras los otros se arremolinaban junto a la puerta, ella mantuvo abierta la botella debajo de la nariz de la señorita Green, que segundos después se estremecía ligeramente y abría los ojos.



—¡Qué tonta soy! —se excusó—. ¡Me desmayé! Sí, chillé y me desmayé. Es la primera vez en mi vida que me desmayo.

—¿Qué sucedió, tía Lydia? —preguntó Chang—. ¿Por qué chillaste?

—Volví a ver al fantasma —explicó, intentado mantener firme la voz—. Después de dar las buenas noches a Harold, entré en mi habitación, y antes de encender la luz, miré hacia aquel sitio —señaló un pequeño hueco cerca de las ventanas.

»El fantasma estaba allí, en pie, tan claro como el día. Me miraba con ojos horribles, ardientes. Vestía una túnica verde, como la que solía llevar tío Mathias. ¡Estoy segura de que era él, pese a lo borroso de sus facciones, excepto sus ardientes ojos!

»Está enfadado conmigo —su voz se tornó un susurro—. Sé que lo está. Hace muchos años, mi madre le prometió que después de su muerte la mansión de Rocky Beach se cerraría para no ser abierta jamás. Ella juró solemnemente que ni la casa ni el terreno serían vendidos o alterados en modo alguno. ¡Y yo he roto la promesa! Acepté vender la casa, y la tumba de la esposa china de tío Mathias ha sido profanada. ¡Por eso está enfadado conmigo!

Capítulo 6

Sorprendentes sucesos

Los tres jóvenes pudieron al fin sentarse a la mesa. Cenaron a grandes bocados entre charla excitada.

La señorita Green yacía en su cama después de una bebida confortante que le diera la china. Li era algo así como la combinación de cocinera y ama de llaves. Los criados volvieron a sus respectivos trabajos después de recibir severas órdenes en cuanto a guardar silencio sobre lo sucedido, órdenes que sin duda serían desobedecidas.

El señor Carlson, visiblemente afectado, se unió a los muchachos.

—¿Vio usted el fantasma, señor? —preguntó Pete.

Harold sacudió la cabeza.

—Acompañé a tía Lydia hasta la puerta de la habitación. Estaba oscuro y entró sola. Me giraba cuando chilló. La puerta seguía abierta y vi cómo se encendía la luz. Sin duda tenía puesto el dedo en el interruptor cuando vio el… bueno lo que fuese que viera. A la brillante claridad, yo no percibí nada.

»Sólo vi cómo se ponía la mano en la boca, aterrorizada. Llegué con el tiempo justo de recogerla en mis brazos cuando se caía desmayada. La deposité en su lecho y empecé a frotarle las muñecas para volverla en sí. Entonces llegasteis vosotros.

Se pasó la mano por la frente, y luego de un corto silencio preñado de ansiedad prosiguió:

—Los sirvientes hablarán. ¿Quién puede cerrarles la boca? Mañana la historia de que el fantasma ha sido visto se conocerá en todo Verdant Valley.

—¿Le preocupa que los periódicos publiquen la historia? —preguntó Bob.

—Los periódicos han hecho ya tanto daño como han podido —replicó Harold—. Me preocupa la reacción de nuestros obreros. ¿Os dijo tía Lydia que vio el fantasma en su habitación anoche?

Bob y Pete asintieron.

—Pues bien, ahora resulta que dos muchachas de la servidumbre lo vieron también, pese a que charlaban sentadas en el patio. Dicen que se asustaron terriblemente. He tratado de persuadirlas de que es una figuración de ellas. Sin embargo, no debía de conseguirlo. Esta mañana se rumoreaba en el valle que un fantasma se había trasladado aquí desde Rocky Beach. Nuestros obreros murmuraban asustados.

—¿Cree usted que un fantasma es capaz de asustar a los trabajadores, tío Harold? —preguntó Chang.

—¡Sí, Chang! —Dijo el hombre—. Ese fantasma nos arruinará. ¡Nos arruinará!

Luego, pesaroso de su arrebato, añadió con la voz calmada:

—Pero eso no interesa a nuestros huéspedes. Quizá, muchachos, querréis ver las perlas que recuperé ayer cuando estabais presentes.

Bob y Pete asintieron. Sólo las vieron de refilón en la tumba de la Mansión Green.

El señor Carlson los condujo a través del vestíbulo a una pequeña oficina, donde había una mesa escritorio de persiana enrollable, archivadores, teléfono y una gran caja de caudales, algo anticuada, en un rincón.

Harold se agachó y marcó el número de la esfera de la caja. Segundos después se volvía a ellos, con una pequeña caja de cartón en sus manos, que dejó sobre la mesa. Abrió la caja de cartón y puso el collar encima del secante verde que había en el escritorio.

—Tienen un color muy raro —comentó Pete.

Se inclinaron para verlo mejor. Era de grandes perlas, todas de forma irregular y con un extraño y apagado color gris. No se parecían en nada a las perlas redondas, de blanco rosado que formaban el pequeño collar de la madre de Bob.

—Por el color resultaban valiosísimas —explicó Harold—. Estas perlas proceden de una pequeña bahía del océano Índico. Es una clase extinguida. En Oriente, los nobles ricos les conceden gran

valor, pese a su forma imperfecta y color nada atractivo. Este collar vale más de cien mil dólares.

—En tal caso, tío Harold —comentó Chang—, tía Lydia podrá pagar las deudas y salvar el viñedo. ¡Estas perlas son suyas!

—Hay una complicación —Harold sacudió la cabeza—. Mathias Green regaló el collar a su esposa china. Eso hace que, según las leyes, sea dueño de ellas por derecho de herencia, el pariente más cercano de la princesa.

—¡Sus padres la repudiaron! —Adujo Chang—. Nunca más la consideraron su hija. Además su familia desapareció durante la revolución china.

—Lo sé —Harold se enjugó la frente—. Empero he recibido una carta de un abogado chino de San Francisco, que dice tener un cliente, heredero legal de la esposa de tío Mathias. Me advierte que su cliente las reclama. El asunto tendrá que llevarse a los tribunales, y pasarán años antes de saberse a quién pertenecen las perlas.

La frente de Chang mostró surcos de preocupación. Iba a decir algo, cuando en el vestíbulo se oyeron pasos precipitados. Un fuerte golpe sonó en la puerta.

—Adelante —invitó Harold, al tiempo que todos se volvían.

Un hombre de mediana edad y ojos penetrantes, apareció sudoroso. Habló entrecortadamente sin prestar atención a los chicos.

—¡Señor Carlson, el fantasma ha sido visto junto a la prensa número uno! Tres recolectores mejicanos lo vieron, y les invadió el pánico. Será mejor que venga.

—¡Oh, desgracia! —gimió Harold—. En seguida voy con usted, Jensen.

Guardó el collar en la caja de caudales y cerró de golpe. Luego, con los tres chicos pegados a los talones, los dos hombres salieron de la casa y corrieron al *jeep* que aguardaba. Bob sentóse en las rodillas de Pete, y el pequeño vehículo partió raudo a través de la oscuridad. Bob y Pete se hallaban demasiado ocupados en mantenerse en equilibrio dentro del automóvil, que saltaba en el irregular camino, para ver mucho, aun cuando no fuera de noche. La carrera duró sólo cinco minutos. El *jeep* se detuvo frente a una rampa fuera de un edificio de ladrillos. Parecía nuevo. Olor a uvas recién prensadas impregnaba el aire.

—Jensen es el capataz de la plantación —susurró Chang a los oídos de los chicos cuando se apearon—. Es él quien dirige los trabajos de prensado de la uva.

Jensen apagó los faros. Un joven mal vestido, surgió de la oscuridad que rodeaba el edificio.

—¡Henry! —gritó Jensen—. ¿Viste algo desde que me fui?

El joven sacudió la cabeza.

—No, señor Jensen; nada, señor.

—¿Dónde están tus compañeros?

—¿Quién lo sabe? Huyeron cuando se fue usted —se rió entre dientes—. Jamás los vi correr tanto. Seguro que están en Verdant —señaló un pequeño grupo de luces al otro extremo del valle—. Habrán ido a contar en el bar que vieron el fantasma.

—Eso es precisamente lo que yo no quería —rezongó malhumorado Jensen—. ¿Por qué no lo impediste?

—Intenté hacerlo —se excusó el joven—. No quisieron escucharme. El miedo les había trastornado las mentes.

—Bien, ya tenemos la manteca sobre el fuego —habló decepcionado Harold Carlson—. ¿Y qué hacían estos hombres aquí después de anochecido?

—Di orden de que se reunieran conmigo aquí, señor. Son ellos quienes más propagan historias del fantasma y quise decirles que mantuvieran cerradas las bocas o los despediría. Pero me retrasé un poco y mientras aguardaban, creyeron ver algo. ¡Todo es pura imaginación! Se ha dicho tanto del fantasma que hasta ellos se figuran verlo.

—Imaginación o no, el mal ya está hecho —respondió Harold—; quizá convendría que vaya usted al pueblo y los calme. ¡Claro que será una pérdida inútil de tiempo!

—Sí, señor. ¿Les llevo antes a la casa?

—Sí… —Harold Carlson se golpeó con la mano la frente—. ¡Cielos! —chilló—. ¡Chang! ¿Dejé cerrada la caja después de guardar las perlas?

—No lo sé.

—Yo sí —habló Pete, esforzándose por recordar lo ocurrido en la oficina—. Puso las perlas en el interior, cerró de golpe y giró el pomo…

—Sí, sí —interrumpió Harold—. Pero ¿giré la esfera?

Pete no estaba seguro.

—Creo que no, señor —dijo al fin—. Temo que no lo hizo.

—¡Ni yo mismo lo recuerdo! —gimió Harold—. ¡Dejé la caja de caudales sin cerrar con llave, y dentro el collar de perlas! —Se volvió a Jensen—. ¡Rápido, lléveme a casa! Luego regrese y recoja a los muchachos.

—Conforme. Chang, toma mi linterna. —Los dos hombres saltaron al *jeep* y salieron de estampida.

—¡Repámpanos! —Bob rompió el silencio—. Primero en la casa. Ahora aquí. Pero ¿por qué preocupa a todos que la gente hable, Chang?

Los tres muchachos se habían agrupado en la silenciosa oscuridad, sólo rota por el sonido de los insectos.

—Se debe a que la vendimia ha comenzado —explicó Chang—. La uva está madura y tiene que ser prensada para extraerle el zumo. Cada día madura más, y si no se recoge pronto no servirá para hacer buen vino; se pudre.

»La vendimia requiere muchos hombres, que luego de la temporada de recolección aquí, se van a otra parte. Algunos son mejicanos, otros del país, también hay de origen chino. Todos son humildes, muy trabajadores, pero también supersticiosos.

»Esta gente se ha mostrado intranquila desde que comenzaron las historias en Rocky Beach. Y si el fantasma está aquí en Verdant Valley, muchos se marcharán. Hallar nuevos trabajadores no es fácil. Por eso se teme que la uva, al no ser recogida ahora, se pudra en las viñas. La pérdida de la cosecha sería un irreparable quebranto económico.

»La Vinícola 3-V perderá mucho dinero. Eso preocupa a mi tía. Toda explotación requiere mucho dinero, y se contraen fuertes deudas.

—¡Caracoles! —exclamó Pete, condolido—. Y todo porque empezaron a derribar la casa de tu bisabuelo y a ese fantasma le dio por salir a pasear.

Chang afirmó severo y convencido:

—No puedo creer que sea el honorable espíritu de mi bisabuelo. Él no perjudicaría a los de su propia familia. En tal caso debe tratarse de otro espíritu que se recrea en el mal.

Lo dijo con tal convicción, que Bob deseó creerlo. Pero había

estado en la Mansión Green y visto la figura verde como entre niebla, llevando sus vaporosas ropas de mandarín. Temió que Chang estuviese equivocado.

Los tres muchachos guardaron silencio durante un rato. Bob habló primero:

—Si el fantasma fue visto aquí, podríamos investigar los alrededores y comprobar si se aparece a nosotros.

—Bueno —la voz de Pete sonó más desganada—. Creo que tiene sentido, pero me gustaría que Jupiter estuviera con nosotros.

—El fantasma no ha hecho daño a nadie —dijo Chang—. Sólo se ha manifestado. No hay por qué temerlo. Y si es el honorable espíritu de mi antepasado, aún menos querrá hacernos daño. De acuerdo, Bob. Demos un vistazo alrededor de la casa, por si el fantasma sigue aquí.

Los muchachos caminaron lentamente en círculo alrededor del edificio. Chang conocía bien el camino, y encender la linterna hubiera sido un fracaso.

Esforzaban sus ojos, pese a que sólo veían la mole del edificio envuelto en la oscuridad de la noche. Chang explicó que se trataba de una bodega de nueva construcción.

—Aquí es donde la uva se pone en tanques enormes. Las prensas extraen el zumo que vierten por un canal en el tanque de recogida. Desde éste, pasa bombeado a los grandes depósitos del sótano, para su envejecimiento. El sótano es un conjunto de galerías excavadas en la roca, donde la temperatura y humedad permanecen constantes todo el año.

Bob apenas escuchaba. Su atención estaba concentrada en captar el destello de algo que pudiera parecer una figura iluminada. Rodearon el edificio sin ver nada.

—Quizá será mejor queque entremos —sugirió Chang—. Os enseñaré la maquinaria y los tanques. Todo es muy nuevo. Se construyó el año pasado. La compra de la maquinaria obligó a solicitar un importante préstamo. A mi honorable tía le preocupa no poder pagar los plazos.

En aquel momento los faros del *jeep* iluminaron la escena y un minuto después frenó junto a ellos.

—¡Saltad, chicos! —gritó Jensen—. Os llevaré a la casa. Primero hemos de ir al pueblo. Tengo que encontrar a los trabajadores que

vieron el fantasma, y pedirles que cierren sus bocas. Y si puedo, contrarrestar el daño hecho.

—Gracias, señor Jensen, podemos caminar. Es poca la distancia. Tenga su linterna. La luna está crecida y nos veremos bien.

—De acuerdo —asintió Jensen—. Espero que esos idiotas no hayan asustado a sus compañeros. De otro modo, mañana no se presentará ni una docena de ellos.

El *jeep* se alejó por el valle hacia el pequeño grupo de luces. Pete se volvió a Bob.

—No te importa caminar, ¿verdad, Bob? —preguntó.

—Mi pierna se encuentra bien, gracias —Bob explicó a Chang—: Hace algún tiempo rodé por la ladera de una montaña y me rompí la pierna por un montón de sitios. Tuve que llevar una abrazadera hasta la semana pasada. El doctor Álvarez me la quitó y dijo que el ejercicio ayudaría a su total recuperación.

—Caminemos sin prisas —invitó Chang.

Los tres se dirigieron hacia el polvoriento camino bajo la luz de la luna. La uva en sazón expandía su característico perfume. Chang rompió el silencio.

—Estaba pensando en cómo este asunto del fantasma puede ser un desastre para Verdant Valley. Si nuestros peones se van la cosecha se pudrirá y perderemos muchísimo dinero. Tía Lydia no podrá pagar los vencimientos y le quitarán Verdant Valley.

»Eso me preocupa. Sé cuanto representa para ella, tanto las viñas como las bodegas de Vinícola 3-V. Tía Lydia y su madre se han pasado la vida construyendo este negocio. Perderlo ahora sería un revés mortal. Pero hay una esperanza. Si demostramos que el collar de perlas es nuestro y no de otra persona, el producto de su venta permitiría pagar las deudas.

—Lo conseguiréis —animó Pete—. Chang, dime una cosa. ¿Piensas en que es el fantasma de tu bisabuelo el que vimos?

—Lo ignoro —respondió el otro muchacho—. Empero, me cuesta admitir que el fantasma de mi bisabuelo quiera perjudicar a los suyos, aun cuando en vida fuera un hombre violento. En China me enseñaron a creer en los espíritus, ya sean buenos o malos. Para mí, éste que se aparece es malo. ¡Pero no es el de mi bisabuelo!

Llegaron a la casa, donde aún lucían algunas lámparas. Todo parecía muy tranquilo. Ascendieron las escaleras y entraron. Chang

sorprendióse de encontrar la salita vacía.

—Los sirvientes se han acostado ya —dijo—. Sin embargo, esperaba encontrar aquí a mi tío Harold. Quería formularos unas preguntas. Quizás esté en su despacho.

Bajaron al recibidor y se encaminaron a la oficina. La puerta estaba cerrada. Chang llamó. La única respuesta que obtuvieron fue un amortiguado gemido y un ruido.

Alarmado, Chang abrió de golpe la puerta. Los tres muchachos miraron a Harold Carlson tendido en el suelo con los tobillos y muñecas fuertemente atados a la espalda. Una bolsa de papel le cubría la cabeza.

—¡Tío Harold! —gritó Chang.

Penetraron como una tromba. Chang tiró de la bolsa, y las pupilas de Harold aparecieron desorbitadas. Quiso decir algo a través de la mordaza.

—¡No hable hasta que lo desatemos! —ordenó Chang.

Se sacó la navaja del bolsillo y cortó la mordaza, hecha con un pañuelo. Luego, mientras Harold recuperaba el aliento, liberó sus piernas y muñecas.

—¿Qué sucedió? —preguntó Pete.

—Cuando regresé a casa y penetré en la oficina, alguien estaba oculto detrás de la puerta. Quienquiera que fuese me agarró por atrás, y un segundo hombre me amordazó. Luego me lanzaron al suelo y me ataron los tobillos y muñecas, y me pusieron la bolsa de papel en la cabeza. Oí cómo abrían la caja de caudales… ¡la caja!

Con repentina angustia se precipitó a la gran caja de seguridad, que halló entreabierta. Tiró de la puerta, y sus temblorosas manos buscaron… ¡para salir vacías!

Miró a los chicos. Tenía grisáceo el semblante.

—¡El collar de perlas! —exclamó anonadado—. ¡Lo han robado!



Capítulo 7

Jupiter saca deducciones

En Rocky Beach, sentado en la salita de la casa, donde vivía con sus tíos, Jupiter Jones se presionaba el labio inferior pensando intensamente. Llevaba así más de una hora, cuando, repentinamente, se irguió para gritar con toda la potencia de su garganta. Sonrosado el rostro por el esfuerzo, sentóse de nuevo.

Minutos después oyó pasos fuera. La puerta se abrió de golpe y Konrad, el corpulento ayudante bávaro de su tío, asomó la cabeza. Hans, su hermano, estaba en San Diego, con los Jones. Los ojos de Konrad amenazaban salirse de sus órbitas al mirar a Jupiter.

—¿Quién gritó de esa manera, Jupe? —preguntó excitado.

—Yo, ¿me escuchó?

—¡Naturalmente que te oí! —contestó Konrad enfadado—. Tengo mi ventana abierta, te oí perfectamente. Sonó como si te hubieran sentado sobre ascuas, o roto el dedo gordo de un pie.

Decepcionado, Jupiter miró su propia ventana abierta de par en par, también.

—¿Por qué chillaste, Jupe? No veo que ocurra nada.

—No ocurre nada, excepto que me olvidé que mi ventana estaba abierta.

—Pero ¿por qué gritaste? —insistió Konrad.

—Hacía prácticas —explicó Jupiter.

—¿Seguro que estás bien, Jupe? ¿No te encuentras indispuesto?

—Estoy bien, Konrad. Puedes regresar a tu cama, no chillaré más… esta noche.

—Eso es bueno —admitió Konrad—. ¡Me asustaste!

Cerró la puerta y regresó a la casita que compartía con su

hermano Hans, a unos cincuenta metros detrás de la casa de los Jones.

Jupiter siguió sentado, zumbándole el cerebro. Una idea pugnaba por nacer entre su masa encefálica. Era una idea sobre el fantasma verde. Pero no acabó de surgir, y, cansado, suspiró y lo dejó correr.

Sus párpados le recordaron la necesidad de dormir. Mientras subía las escaleras, se preguntó qué harían entonces Bob y Pete en Verdant Valley.

El teléfono sonó en respuesta a sus pensamientos. Era Bob quien llamaba.

Jupiter preguntó ansioso:

—¿Qué ha sucedido, Bob? ¿Viste el fantasma verde otra vez?

—No, pero la señorita Green, sí —respondió excitado Bob—. Y no adivinarías qué sucedió. El…

—¡Estás excitado! —gritó Jupiter—. Por favor, dime lo ocurrido en lentas secuencias. No te saltes los detalles.

No fue fácil para Bob hacerlo, en su afán de relatar que el collar de perlas había sido robado. No obstante, Jupiter lo había enseñado a contar los hechos siguiendo un orden, sin omitir detalles, que luego podrían resultar importantísimos. Así que narró su encuentro con Chang Green, y cuanto sucediera después. Pero sólo sintióse aliviado cuando tocó el turno al robo de las perlas.

—¡Hum! —exclamó Jupiter, tan pronto Bob se detuvo a respirar—. Eso es una complicación inesperada. Bien, ¿han emprendido alguna investigación oficial?

—El señor Carlson mandó llamar al *sheriff* Bixby. Es muy viejo y no parece muy seguro de sí mismo. Esto no es ninguna ciudad, así que no hay policía. Sólo el *sheriff* y su ayudante.

»No obstante, el *sheriff* tiene una teoría. Piensa que la publicidad de los periódicos sobre las perlas atrajo a los delincuentes de la ciudad para robarlas. Éstos vieron salir precipitadamente al señor Carlson, se deslizaron dentro por una ventana del porche lateral, y las robaron. Quizás una vez dentro quisieron llevarse cuanto de valor hubiera, pero entonces regresó el señor Carlson, al que amordazaron y le pusieron una bolsa de papel en la cabeza para que no viera nada.

»El señor Carlson dice que uno era más bien bajo, pero muy

fuerte. El *sheriff* los supone ya a medio camino de la ciudad. Telefoneará a la policía de San Francisco, si bien no confía en eso.

Jupiter se presionó el labio. La teoría del *sheriff* ciertamente sonaba razonable. Con tanta publicidad alrededor de las perlas, lo sorprendente hubiera sido que los ladrones no intentasen robarlas. Fue un acto de mala suerte que el señor Carlson, en su excitación, se dejase la caja de caudales abierta. Eso hizo las cosas más fáciles a los ladrones.

Jupiter no pudo evitar preguntarse si en realidad no habría alguna clase de relación entre el fantasma verde y el robo de las joyas.

—¡Mantened los ojos abiertos Pete y tú, Bob! —aconsejó—. Ciertamente, me gustaría estar ahí —dijo pesaroso—, pero tengo que permanecer aquí porque mis tíos estarán ausentes un día más. Telefonéame si sucede algo más que sea importante.

Colgó. Durante breves segundos estuvo tentado de no acostarse y pensar en lo que Bob le había contado, pero el cansancio pudo más. Subió al dormitorio y se acostó, arropado en muchos sueños. En uno de ellos oía persistentemente una voz conocida, si bien no lograba identificar a su dueño.

Por la mañana no pudo recordar en qué había soñado.

Jupiter confió en que aquel día sería tranquilo en el Patio Salvaje, a fin de poder divagar sobre cuanto Bob le contara la noche anterior.

No obstante, como suele suceder, fue un día muy atareado. Jupiter tuvo que trabajar de firme junto a Konrad, y no dispuso ni de un minuto de soledad. Por fortuna, hacia las cinco llegó la calma. Entonces tomó una rápida decisión. Se le había ocurrido una idea… una idea importante.

—Konrad, le dejo solo. Cierre a las seis. He de realizar unas investigaciones.

—Entendido, Jupe —contestó el bávaro, de buen talante.

Jupiter saltó a su bicicleta y atravesó veloz la ciudad en busca de un área boscosa cerca de un pequeño arroyuelo donde se hallaba la Mansión Green. Mientras pedaleaba por el sendero, vio un coche de policía aparcado delante de ella. Un agente uniformado se asomó por la ventanilla del coche al ver a Jupiter.

—¡Pasa de largo, mozalbete! Llevo todo el día alejando a

curiosos y cazadores de recuerdos.

Jupiter descendió de la bicicleta.

—¿Ha venido mucha gente? —preguntó.

—Desde que se apareció el fantasma, hemos tenido que proteger este lugar de toda clase de personas. Y, ahora, vete. Estoy cansado de avisar a los curiosos.

—No vengo a curiosear —dijo Jupiter—. ¿No me vio ayer con el jefe Reynolds cuando fue descubierta la habitación secreta?

El agente lo miró con más detenimiento.

—¡Ah, sí! Ahora te recuerdo.

Jupiter se sacó una tarjeta de los Tres Investigadores, que decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador Júpiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

El policía inició una sonrisa, pero se contuvo. Con todo, Jupiter había venido acompañando al jefe el día anterior.

—Investigáis cosas, ¿eh? ¿Hacéis ahora algún trabajo para el jefe?

—Investigo una pista que será interesante si mi sospecha se confirma —contestó Jupiter.

Contó al agente lo que se proponía.

—¡Buena idea, adelante! —animó el hombre.

Jupiter se fue por el sendero hacia la casa, estudiándola. Era sólida, pues el ala semidemolida mostraba gruesas paredes.

Ya en su interior no malgastó su tiempo en hallar otras habitaciones secretas o cosas parecidas, ya que el jefe de policía había realizado una concienzuda búsqueda. Jupiter ascendió las escaleras hasta el piso superior. Se detuvo en el último peldaño, miró abajo… y chilló.

Aguardó un minuto, antes de bajar al vestíbulo, donde volvió a gritar. Luego salió de la casa y se dirigió a donde se encontraba el policía.

—Bien —dijo—. ¿Me oyó?

—Oí un par de gritos. Uno muy amortiguado y otro algo más fuerte.

—La puerta estaba cerrada la noche en que se apareció el fantasma —explicó Jupiter, mientras observaba los alrededores. Sus pupilas se fijaron en un gran macizo de arbustos en una esquina de la casa—. Escuche otra vez —invitó.

Decidido, caminó hacia el macizo, y se ocultó tras él. De repente, emitió un fuerte grito. Al regresar al coche patrulla, el agente asintió.

—Lo oí muy bien. Pero dime, ¿qué intentas demostrar?

—Intentó averiguar desde dónde chilló el fantasma. Según mis deducciones tuvo que ser desde fuera de la casa. De haberlo hecho en el interior, es indudable que tiene unos pulmones excepcionales.

—No sé si los fantasmas tienen o no pulmones —se rió el policía. Jupiter no lo coreó.

—Ahí está el busilis de la cosa —respondió muy serio el primer investigador, encaminándose hacia su bicicleta, mientras el policía se rascaba la cabeza.

—Muchacho —preguntó—. ¿Qué significan esos interrogantes

en la tarjeta?

Jupiter reprimió una risita. Sus interrogantes siempre atraían la atención.

—El interrogante —explicó doctoralmente—, es nuestro símbolo, nuestra marca de fábrica. Supone misterios no resueltos, enigmas sin respuesta, acertijos sin contestación.

Cuando se alejaba sobre la bicicleta, el agente seguía rascándose la cabeza. No obstante, Jupiter se detuvo cerca de unos bloques de viviendas, construidos fuera de los terrenos de la vieja Mansión Green. Aquello era un suburbio pulcro y modernamente construido.

Llevaba consigo un recorte de periódico, donde se leían los nombres y direcciones de los cuatro hombres que habían informado a la policía haber visto el fantasma y oído su grito, la noche en que Pete y Bob estuvieran en la mansión.

Se decidió por la dirección más alejada. Llegó a ella en el preciso momento en que un coche giraba en la calle y se apeaba un hombre, que resultó ser Charles Davis, uno de los cuatro que fueran a la Mansión Green. Éste no tuvo inconveniente en responder a las preguntas de Jupiter.

Explicó que él y otro vecino se hallaban sentados en un patio, fumando a la vez que conversaban de pelota base, cuando pasaron dos desconocidos que los llamaron. Nunca los habían visto, pero los supuso habitantes de aquel suburbio. Ellos propusieron ver el aspecto de la vieja mansión durante el anochecer antes de ser demolida. El de voz más profunda, resultó muy persuasivo, y los convenció. El mismo Davis cogió dos linternas de su garaje y dio una a su amigo.

Cuando se dirigían a la Mansión Green, vieron a otros dos vecinos y el hombre de voz profunda los convenció también, para que se unieran al grupo. Dijo que sería una estupenda juerga visitar una supuesta casa encantada, y, riéndose, sugirió que tal vez vieran a un fantasma.

—¿Dijo exactamente un fantasma? —inquirió Jupiter.

—Algo parecido —confirmó el señor Davis—. Y así fue. Toda la cosa resultó muy rara.

—¿Está seguro de no conocer a los dos primeros hombres? —insistió Jupiter.

—Bueno, quizás haya visto antes a uno de ellos. Pero no al otro.

Empero, los creí de esta vecindad. De hecho, aquí vive mucha gente a la que desconozco. La mayoría de nosotros hace un año que vivimos aquí.

—¿Cuántos eran ustedes cuando llegaron a la casa?

—Seis. Ahora bien, hubo quien creyó contar siete. Pero estoy seguro de que sólo éramos seis cuando enfilamos el camino. Claro que eso no excluye la posibilidad de que se nos uniera algún curioso. Además, después de oírse el grito y de que entrásemos en la casa, no es probable que nadie pensara en contar el resto. Al salir de allí nos dividimos. Mi amigo y yo, y nuestros dos vecinos, decidimos avisar a la policía. No sé qué sucedió a los otros. Imagino que no les gusta la publicidad.

Un «terrier» de pelo áspero cruzó veloz el patio y salió a las piernas del señor Davis, ladrando su calurosa bienvenida.

—¡Quieto, quieto! —gritó riéndose el hombre, que acarició al perro.

El «terrier», jadeando, corrió hacia el prado, desde donde contempló a su amo.

Jupiter recordó, por el relato de Bob, que uno de los visitantes de la Mansión Green llevaba un perro.

—Por supuesto —contestó a su pregunta el señor Davis—. Llevé a «Dómino» conmigo. Siempre lo saco a dar un paseo nocturno, para que ande y corra; por eso me acompañaba.

Jupiter observó a «Dómino». Éste le devolvió la mirada. Con su boca abierta, jadeante, parecía reírse como si supiera algo que el muchacho ignorase. De nuevo una idea intentó abrirse paso en su mente.

Formuló unas cuantas preguntas más. El señor Davis no pudo aclararle ningún otro punto. Jupiter le dio las gracias y se montó en su bicicleta pedaleando lentamente camino del patio de los Jones, mientras su cerebro trabajaba con furia. Llegó a Patio Salvaje, cuya puerta principal se hallaba cerrada. Dentro encontró a Konrad que en su casita fumaba una pipa, cómodamente sentado.

—¡Hola, Jupe! —saludó el bávaro—. Pareces muy pensativo.

—Konrad —dijo Jupiter, sin hacer caso de la observación—, anoche me oyó chillar.

—Sin lugar a dudas. Te creí un cordero preso en una grieta.

—Intenté aparentar una gran pena —aclaró Jupiter—. Sin

embargo, pienso que no me hubieran oído, si tanto su ventana como la mía llegan a estar cerradas.

—¿Qué pretendes insinuar?

El rostro de Jupiter se sonrojó con repentina excitación. ¡El grito que todos oyeron… y el perro! En cierta historia, un perro había dicho mucho al celebérrimo detective Sherlock Holmes.

El muchacho regresó a la casa donde vivía con sus tíos. Las ideas brotaban muy atropelladamente ahora, y adquirían forma.

El policía de vigilancia en la Mansión Green no pudo oírle cuando gritó en el interior de la casa con la puerta cerrada. En cambio percibió sus gritos lanzados en el exterior. Resultaba muy significativo.

Jupiter preparó el magnetófono y se dispuso a escuchar una vez más el grito. Y los retazos de conversación que Bob había registrado. Luego, durante varios minutos, permaneció sentado, sumido en el recuerdo de cuanto Bob le había contado la noche anterior.

¿Encajaba? ¡Tenía que encajar!

¿Cuántos eran los hombres que fueron a la Mansión Green? ¿Seis, siete? Nadie lo sabía. Sólo el perro podría decirlo, si supiese hablar. Eran muchas las cosas que ignoraba, pero de algo estaba seguro; el perro conocía a la persona que gritó.

Jupiter no se molestó en dar la luz cuando solicitó por teléfono que le pusieran en comunicación con Bob, en Verdant Valley. Después de larga espera, fue la propia señorita Green quien respondió a la llamada.

—¿Eres Jupiter Jones? —Su voz pareció algo temblorosa.

—Sí, señorita Green. Quiero hablar con Bob. Tengo algunas ideas y…

Ella lo interrumpió.

—Bob no está, ni tampoco su amigo Pete. Mi sobrino Chang falta también. ¡Han desaparecido los tres!

Capítulo 8

Fuga

Al día siguiente de su llamada telefónica a Jupiter —la misma mañana en que Jupiter estuvo tan ocupado en el Patio Salvaje— Bob, Pete y Chang, exploraban Verdant Valley a caballo. Ninguno se imaginaba los peligrosos y excitantes acontecimientos que les aguardaban.

En principio sólo planearon una visita a las bodegas de la Vinícola 3-V, donde se envejecían los vinos cosechados en Verdant Valley. Las bodegas, como dijera Chang, eran antiguas minas, cavadas al oeste del valle hacía mucho tiempo.

El plan consistía en pasar aquella jornada fuera de la casa. En realidad nada podían hacer en cuanto al robo del collar de perlas. Según el *sheriff* Bixby los ladrones eran de la ciudad, y las perlas debían ya de hallarse en San Francisco.

Los periodistas habían invadido la casa, atraídos por la noticia de la aparición del fantasma y el robo de las perlas.

La señorita Green, a quien los muchachos sólo vieron un instante, aparecía maltrecha y rendida. Ella les pidió que no informasen a los reporteros de que Pete y Bob fueron los primeros en presenciar las manifestaciones en la morada vacía de Rocky Beach. Temía que los informadores escribiesen con mayor sensacionalismo si cabe, sobre el fantasma y el porqué los chicos habían venido. Las historias serían ya demasiado dañinas, sin necesidad de añadidos.

Bob, Pete y Chang se desayunaron en la cocina y se deslizaron silenciosos a los establos, donde ensillaron tres caballos. Chang hizo la mayor parte del trabajo, pues Bob y Pete carecían de experiencia.

Con linternas colgadas de sus cintos, para explorar las bodegas —o minas—, cabalgaron lentamente a través de los campos cultivados, donde las uvas maduraban de prisa bajo el ardiente sol.

Chang se mostraba visiblemente preocupado.

—Tendría que haber por lo menos un centenar de recolectores de los campos ahora —explicó—, y varios centenares llevando la uva a las prensas. Pero ved. Apenas hay una docena de trabajadores y un camión. Los otros no acudieron por temor al fantasma. Si esta situación se prolonga, tía Lydia se arruinará. Jamás podrá pagar las facturas que vencen muy pronto.

Pete y Bob ignoraban cómo animarlo. Aun así, Pete lo intentó.

—Nuestro amigo Jupiter Jones trata de resolver el misterio del fantasma allá en Rocky Beach. Jupe tiene un cerebro privilegiado. Si aclara el misterio y tranquiliza de algún modo al fantasma, quizá los recolectores regresen.

—Sólo si sucede muy pronto —dijo Chang—. De otro modo se irán a otra parte. Esta mañana la vieja Li me acusó de ser la causa de todas las desgracias que ocurren en Verdant Valley. Dice que yo traje la mala suerte cuando vine de Hong Kong, y que debiera regresar allí.

—¡Eso es una necedad! —exclamó Bob—. ¿Cómo podrías tú traer la mala suerte?

Chang sacudió la cabeza.

—Lo ignoro. Pero es cierto que desde que estoy aquí, han sucedido muchas desgracias. Se estropearon partidas enteras de vinos, hubieron fugas en los depósitos, y la maquinaria se rompió una y otra vez. ¡Nada ha ido bien!

—¿Y cómo se atreven a culparte de eso? —protestó Pete.

—Quizá sea cierto —dijo Chang—. Tal vez si regresase a Hong Kong, el fantasma se iría conmigo y la fortuna sonreiría de nuevo a Verdant Valley. Si estuviera seguro de eso, me iría mañana mismo. En modo alguno quisiera yo ser motivo de desgracia para mi honorable tía abuela.

La tristeza de Chang hizo que Bob cambiara el tema de conversación.

—Llamas tía a la señora Green y al señor Carlson tío. No comprendo muy bien la razón. El viejo Mathias Green era tu abuelo…

—Mi bisabuelo —corrigió Chang—. Lydia Green es en realidad mi tía abuela, pero la llamo tía. Harold es un primo distante de ella. Ignoro en qué grado, pero también por cortesía lo llamo tío. Los tres somos los únicos miembros de esta rama de la familia.

Pete miró el largo y estrecho valle, con altas y enhiestas laderas a los lados. Cuanto alcanzaba la vista eran viñas.

—¿Todo esto que se ve es tuyo, Chang? —preguntó—. Me refiero a que lo es como único descendiente directo del viejo Mathias.

—¡Oh, no, no! Pertenece a tía Lydia. Su madre lo empezó y tía Lydia le ha dedicado toda su vida.

»Quiso darme la mitad, pero me opuse. Ella ha hecho testamento a mi favor. No obstante, yo cederé la mitad a mi tío Harold, que ha trabajado mucho en defensa de los intereses de mi tía, y en hacer que prosperen las viñas y el negocio. Claro que… —Volvió a entristecerse—, si esto se hunde en la ruina por falta de metálico, ninguno de nosotros tendrá nada.

Un *jeep* se acercó a ellos por la polvorienta carretera. Se detuvieron y lo dejaron pasar. Chang cabalgaba un potro grande, negro, llamado «Ébano», de mucho nervio, que era necesario retener con fuerza. Pete lo hacía en una joven yegua, «Nellie», menos nerviosa, pero que también exigía sereno control. Bob montaba una yegua mayor, de nombre «Rockingchair», debido a su mansedumbre.

El *jeep* se detuvo, y el señor Jensen saludó.

—¡Hola, Chang! Ya ves cuan pocos recolectores hay esta mañana.

El chico asintió.

—Aquellos truhanes hicieron bien su trabajo anoche —añadió Jensen—. Hablaron del fantasma con tanto realismo, que sus oyentes acabaron por verlo entre humo y llamas. He pedido ayuda, pero me temo que no la conseguiremos —denegó con la cabeza antes de proseguir—: Me dirijo a informar a la señorita Green. Me preocupa el cariz que toma esto.

El jefe partió veloz, y los muchachos reanudaron la marcha. Chang intentó sacudirse la tristeza.

—Lo que no puede evitarse, debemos afrontarlo —dijo—. Y como no hay nada que podamos hacer, intentemos disfrutar

nosotros.

Recorrieron el valle deteniéndose de cuando en cuando. Chang les mostraba los cobertizos de las distintas prensas. Poco después del mediodía empezaron a sentir calor y apetito. Llevaban bocadillos y cantimploras para ellos y grano para los caballos.

—Sé de un lugar donde podemos estar frescos y cómodos —dijo Chang.

Pasaron por delante de un viejo edificio, donde se hallaba la antigua prensa, sólo empleada en períodos de urgencia. Cabalgaron unos cientos de metros hasta llegar a la ladera oeste del valle. Detrás de una roca sobresaliente hallaron un pequeño espacio sombreado, y allí desmontaron. Luego de trabar sus cabalgaduras, les dieron grano.

Chang condujo hasta el otro lado de la roca, donde vieron una puerta en la pared rocosa de la montaña.

—Es una de las entradas a las cuevas de almacenamiento de que os hablé —dijo Chang.

Abrió la puerta, que ofreció resistencia. Al otro lado apareció un túnel oscuro que penetraba directamente en la montaña.

—Exploraremos esto después de comer —propuso Chang.

Luego buscó el interruptor detrás de la puerta. La luz no se encendió.

—¡Qué contrariedad! —se lamentó—. Me olvidé que la dinamo no está preparada. Tenemos que hacernos la electricidad, y las dinamos de las distintas secciones sólo funcionan cuando se trabaja en el interior. Bien, usaremos las linternas.

Así lo hicieron. Pete y Bob vieron un largo pasillo de pared rocosa, con techo de vigas de madera. A cada lado del pasillo aparecía una larga hilera de grandes toneles. En el pasillo había dos estrechos raíles y una pequeña vagoneta.

—Los toneles se colocan en la vagoneta y se traen hacia la entrada —explicó Chang—. Si queremos embarcar un tonel hemos de cargarlo en un camión que se sitúa a la entrada. De ese modo los toneles son fáciles de transportar. ¿Qué os parece si nos sentamos aquí y comemos?

Pete y Bob hallaron estupendo apoyar las espaldas contra la piedra, e iniciar la comida. Hacía fresco en el interior, pese a que el calor de la tarde estaba a sólo unos metros de distancia.

Acabaron de comer y charlaron un rato, gozando del frescor. Chang les contó la vida de Hong Kong, entre un hormiguero humano, que contrastaba fuertemente con la tranquilidad de Verdant Valley. De repente, los muchachos advirtieron varios coches a unos cientos de metros.

Media docena de hombres corpulentos y forzudos bajaron de los automóviles y formaron un pequeño grupo. Parecían esperar algo.

Chang frunció el ceño.

—Me gustaría saber por qué no están en el tajo —dijo en voz alta—. Necesitamos de toda mano disponible.

Momentos después apareció el *jeep* del señor Jensen, que descendió del vehículo. Todos entraron en el viejo edificio, cerrando la puerta.

—Quizás el señor Jensen quiera poner en marcha la maquinaria —murmuró Chang—. Sólo que hoy no se precisa —se encogió de hombros—. Bueno, es asunto suyo. No me gusta mucho este hombre, si bien admito que sabe manipular bien a los obreros, aunque a veces se ponga duro con ellos.

Se apoyó sobre un codo y se giró a Bob y Pete.

—¿Queréis explorar ahora los túneles de envejecimiento? —preguntó.

Los dos amigos desprendieron sus linternas de los cintos. Pete se puso en pie y, al hacerlo, resbaló. La linterna escapó de sus dedos, y cayó sobre la roca. Cuando la cogió, el cristal y la bombilla estaban rotos.

—¡Caracoles! —exclamó disgustado consigo mismo—. Ahora no tengo linterna.

—Hay suficiente con dos —dijo Chang—. Pero…

Miró el *jeep* aparcado frente al edificio de la vieja prensa.

—¡Ya está! —gritó—. Pediré prestada la del señor Jensen. La lleva en la caja de herramientas con otros accesorios. Se la devolveremos antes de que anochezca. Regresaré en seguida.

Pete se opuso. Había sido él quien rompiera la linterna, y le correspondía buscar su recambio. Chang escribió una nota, que Pete dejaría en la caja del instrumental. Así el señor Jensen sabría que se la devolvería más tarde.

—Cuando está ocupado, le fastidia que lo interrumpan —explicó—. La linterna es de tía Lydia, y no puede oponerse a que la usemos

un rato.

Pete montó su yegua y trotó por el campo hacia el edificio. Un par de minutos después alcanzaba el *jeep* aparcado.

Su montura, luego del descanso, sentíase juguetona y tuvo que tirar de las riendas para que dejase de dar vueltas.

Abrió la caja llena de herramientas. La linterna no se veía por parte alguna. Al fin la descubrió en un ángulo. Tiró de ella y se la introdujo entre el cinto y el cuerpo. Era de un modelo anticuado, de fibra negra, y carecía de anilla.

Puso la nota de Chang en la caja, que dejó abierta para estar seguro de que el señor Jensen la vería. Montó con cierta dificultad, y regresaba junto a Bob y Chang, cuando oyó gritos. Pete miró hacia atrás. El señor Jensen, en pie junto al *jeep*, le gritaba algo. El muchacho alzó la linterna y señaló el vehículo, para indicarle que la nota le explicaría todo, y siguió trotando.

Jensen saltó al *jeep*, y los otros hombres que habían estado con él en el interior del edificio, se agruparon a mirar. El *jeep* corrió por el campo, entre los viñedos, en pos de Pete. Era evidente que trataba de darle alcance. Pete, extrañado de la excitación frenó su cabalgadura.

—¡Quieta, quieta! —dijo.

La yegua, asustada del *jeep*, no depuso su nerviosismo.

El vehículo se detuvo, y el señor Jensen corrió hacia Pete.

—¡Ladronzuelo! —rugió—. ¡Te voy a teñir la piel! ¡Te voy a…!

Pero no acabó de decir lo que pensaba hacerle.

Al acercarse, la yegua dio un gran salto. Antes de que Pete lograse dominarla, giró en redondo y se lanzó a una loca carrera entre las cepas, en dirección a la montaña. El muchacho se vio impotente para detenerla.

Con las rodillas prietas contra los costados del animal y mal cogido al pomo de la silla, temió por su vida.

Capítulo 9

¡Huida desesperada!

La yegua corría veloz en línea recta hacia el barranco rocoso de la pared oeste del valle. Pero, incapaz de hacer nada más que sujetarse, vio un estrecho sendero que cortaba la ladera, no demasiado enhiesto.

El asustado animal eligió el sendero y continuó su galope por la pendiente. Pete confió en que el fuerte repecho le obligaría a disminuir la marcha. Y así fue, pero únicamente lo necesario para él se afianzara a la silla y evitara el peligro de caerse.

Se arriesgó a girar la cabeza. El señor Jensen había vuelto a saltar el *jeep* y le daba caza. El pequeño vehículo se detuvo ante el estrecho camino, y el capataz alzó el puño amenazadoramente.

Luego vio a Bob y Chang. Cuando la yegua se desbocó, ambos corrieron a sus caballos, y salieron disparados. Pasaron junto al señor Jensen y su *jeep* y siguieron el camino detrás de Pete. Chang, sobre «Ébano», iba delante. Era evidente que apremiaba a su montura para dar alcance a Pete. «Rockingchair», más lento, perdía terreno.

Un repentino movimiento de «Nellie» al rodear una gran roca, casi desmontó a Pete, que se cogió fuertemente al pomo. La yegua adquirió velocidad.

Pete oyó cascos detrás; Chang se acercaba audazmente por el estrecho sendero. Al fin le dio alcance y sujetó las riendas de «Nellie».

Chang aminoró la marcha de «Ébano», mientras atenazaba fuertemente las riendas de «Nellie», que se paró. «Ébano» se detuvo a un lado, y ambos caballos, con los flancos húmedos de sudor,

recobraron el aliento.

—¡Cáspita, Chang, gracias! —dijo Pete—. «Nellie» se ha comportado como si se quisiera alejar de la montaña.

En las pupilas de Chang había una mirada extraña.

—¿Qué sucede, hice algo mal? —preguntó Pete.



Chang denegó con la cabeza.

—Estaba pensando en por qué Jensen asustó deliberadamente a «Ébano».

—No se lo propuso —objetó Pete—, aunque me llamaba ladrón. Parecía muy enojado.

—Al pasar junto a él —respondió Chang—, vi su rostro retorcido como un mal espíritu. ¡Estaba furioso! Siempre lleva en el bolsillo un revólver para matar serpientes, y lo tenía en la mano, como si fuera a disparar contra ti.

—¡Me sorprendes! —exclamó Pete—. ¿Qué razón hay para trastornarse por una vieja linterna sin valor?

Tiró de ella, sujeta por el cinturón y se la mostró.

Chang la miró perplejo.

—¡No es la linterna de Jensen! —exclamó—. Quiero decir, que no es la que suele llevar en el *jeep*, la que me prestó anoche.

—Es la única que había en la caja de herramientas —dijo Pete.

—Quizá yo esté equivocado —murmuró Chang—. ¿Me dejas examinarla?

—Tómala —Pete se la pasó a Chang, que la tuvo sobre la mano sopesándola.

—Es muy ligera, no parece tener pilas.

—Entonces no sirve —respondió Pete, disgustado—. ¿Por qué se habrá enojado tanto el señor Jensen por una linterna sin valor?

—Quizás…

La llegada de Bob interrumpió a Chang. Venía sin aliento, más de excitación que de otra cosa. Su yegua había decidido no correr cuesta arriba, y adoptó un paso cansino.

—Aquí estamos —dijo aliviado. Luego observó sus expresiones —. ¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Tratamos de saber qué enojó tanto a Jensen —explicó Chang, en voz queda.

Desenroscó la base de la linterna y sacó un envoltorio de papel fino. Mientras Pete y Bob miraban, lo desenrolló. El contenido cayó en su mano y brilló a la luz del sol.

—¡Las perlas del collar! —gritó Pete.

—¡El señor Jensen las robó! —exclamó Bob.

Chang mantenía los labios apretados.

—Sí, Jensen las robó, o quizá dos de sus hombres. Y las ocultó

en esta vieja linterna, en la caja de las herramientas. ¿Qué mejor sitio para ocultarlas? Una linterna jamás infundiría sospechas, especialmente si está entre utensilios viejos. Podía irse del valle con las perlas sin necesidad de otro escondite.

—Pero no se imaginó que nosotros necesitaríamos una linterna —intervino Bob.

—Tampoco nos vio, ni creyó que hubiera nadie en los alrededores de la vieja prensa —dijo Chang—. ¿Qué estaría haciendo con esos hombres? Tramando algo, sin duda. Empiezo a preguntarme muchas cosas. Por ejemplo, si Jensen sabe más de lo que nos dijo sobre los accidentes, el vino estropeado y tantos incidentes de los meses pasados.

—Bien —intervino Pete—, sería mejor que regresásemos a casa con las perlas, y contar lo sucedido al señor Carlson y a su tía, y que el *sheriff* prenda a Jensen.

—Puede que no sea tan sencillo —argumentó Chang—. Es un hombre peligroso, brutal e implacable. Se opondrá por cualquier medio a que nosotros revelemos su culpabilidad.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Bob.

—Primero dar un vistazo al valle —decidió Chang, que desmontó de «Nellie»—. Bob, quédate a sujetar los caballos. Pete y yo descenderemos el camino.

Los dos muchachos entregaron las riendas de sus monturas a Bob.

Luego, juntos, caminaron hacia la roca que les ocultaba el valle.

Agachados, observaron la parte baja del terreno. Dos hombres hacían guardia junto al sendero que ascendía la ladera. Pete y Chang vieron el jefe que saltaba veloz hacia el diminuto pueblo al final del valle. Otros dos coches de los aparcados delante del edificio maniobraron en terrenos de cultivo para bloquear el paso de un caballo. Otro aparecía cruzado en el camino, como barrera adicional.

Chang contuvo el aliento.

—¡Jensen va en busca de caballos! —dijo—. Ha hecho que sus hombres bloqueen el paso. Si cabalgamos hacia abajo, tendremos que desmontar, y entonces nos cogerán.

—¿Quieres decir que nos tienen acorralados? —preguntó Pete.

—Eso parece. No podemos retroceder. Si avanzamos por el otro

lado, nos encontraremos en el cañón Hashknife, sin otra salida que un estrecho camino. Éste se transforma en carretera muy desigual y se une a la principal de San Francisco.

Si tomamos esa dirección, Jensen puede seguimos fácilmente. Mandará coches que la bloqueen, y podrá capturarnos y recuperar las perlas.

—¡No permitiremos que se salga con la suya! —exclamó Pete—. Incluso aunque nos quitara las perlas, lo diremos.

—Eso es lo que ha previsto —el tono de voz de Chang hizo estremecer la espina dorsal de Pete—. ¡Ya se cuidará de que no podamos hacerlo… jamás! No olvides que esos hombres son cómplices suyos. Nadie más sabe lo sucedido.

Pete tragó saliva con dificultad.

—¡Vamos! —dijo Chang, tirando de Pete.

Sus negros ojos brillaban de excitación, mientras se reía.

—¡Tengo una idea! —exclamó—. Jensen precisará de tiempo para llegar al pueblo y conseguir monturas. Cree que nos tiene embotellados. Pero lo engañaremos. No obstante, hemos de darnos prisa.

Corrieron hacia los caballos. Bob aguardaba impaciente.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el tercer investigador.

—Jensen nos ha cerrado el paso —explicó Pete—. Quiere las perlas y no le importa lo que sea con tal de recuperarlas. Todos los hombres que vimos trabajan para él.

—Pero tengo un plan que fastidiará su propósito —dijo Chang jubiloso—. Cabalgaremos por el borde del precipicio; este camino va a un cañón que hay detrás. Yo conduciré.

Obligó a «Ébano», que trotó rápido, si bien Chang decidió no agotar los caballos. Bob era seguido de Pete.

En media hora alcanzaron la cumbre, desde donde contemplaron el fondo del desfiladero, pedregoso, estrecho y desolado.

Chang se detuvo un momento, antes de obligar a «Ébano» a descender por la senda. La marcha resultó más fácil por esta vertiente, y, media hora después, sus jadeantes caballos pisaban el suelo pedregoso del cañón.

—La salida es por allí —señaló Chang—. Como os dije, se transforma en carretera que luego se une a la principal, unos kilómetros más allá. Jensen supondrá que nos encaminamos hacia

allí. Por lo tanto, nos iremos por la dirección opuesta.

Giró a «Ébano», que empezó a sortear grandes piedras entre las estrechas paredes del barranco.

—Ahora tenemos que buscar dos rocas amarillas, de unos siete metros de altura —gritó Chang—. Una de las piedras está encima de la otra.

Cabalgaron durante diez minutos más, y fue Pete, que gozaba de una vista muy aguda, quien las localizó.

—¡Allí están! —señaló.

Chang asintió. Poco después desmontaba en un lugar bajo las dos rocas amarillas.

—Descabalgaremos aquí —anunció.

Bob y Pete echaron pie a tierra. Inesperadamente, Chang golpeó en las ancas a los caballos. «Ébano», sobresaltado, salió disparado cañón abajo, seguido de los otros dos.

—Desde aquí vamos a pie —explicó Chang—. Hay un pequeño estanque de agua en el extremo cerrado del cañón. Los caballos la olerán y se encaminarán allí a beber. Cuando Jensen comprenda que lo hemos engañado y regrese para buscar el cañón, los encontrará, pero habrán transcurrido unas horas.

Alzó la vista explorando la ladera, y luego de unos minutos de búsqueda, dijo:

—Hay un sendero aquí. Pero un deslizamiento de rocas casi lo ha cerrado, por suerte para nosotros. Tendremos que abrirnos paso hasta las rocas amarillas.

Inició el ascenso, sujetándose a los salientes de las piedras. Bob caminó tras él, seguido de Pete, que lo ayudaba cuando era necesario. En unos minutos llegaron a las rocas amarillas. Bob y Pete vieron alarmados una abertura imposible de ser localizada desde abajo, pues la ocultaba una de las rocas puestas a modo de tejado sobre la otra.

—Es una cueva —dijo Chang—. Hace muchos años un minero halló una rica veta de oro aquí. El hombre hizo el túnel usando la cueva como boca de mina. Bien, ahora démonos prisa, antes de que Jensen o sus hombres nos vean.

Chang se introdujo en la cueva, seguido de ambos investigadores, sin la más remota idea de adonde iban o qué sucedería después.

Capítulo 10

¡Capturados!

La cueva era amplia y la linterna de Chang mostró la boca del túnel: una galería cavada muchos años atrás. Aún resistían los viejos maderos que sujetaban el techo, pese a que algunas rocas habían rodado hasta el suelo.

—Os diré mi plan —habló Chang—. Hay una red completa de galerías bajo la montaña. Cuando vine a este país, las minas abandonadas me fascinaban. Entonces conocí al viejo Dan Duncan, que se pasaba la vida extrayendo partículas de oro.

Él conocía estas minas como vosotros las calles de vuestra ciudad. Ahora está enfermo en el hospital. Pero antes me enseñó todas las galerías. Hay una que, desde esta cueva, se comunica con la de otro lado, donde tenemos las bodegas.

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. ¿Quieres decir que regresaremos a través de las galerías a donde Jensen y sus hombres esperan?

—Exacto —afirmó Chang—. Muchos de los trabajadores estarán confabulados con Jensen. Espero salir de aquí sin que nadie nos detenga. Hay dos puntos clave donde sólo un chico o un hombre muy pequeño pueden pasar. Eran practicables la última vez que lo intenté, hará cosa de seis meses.

Bob se estremeció. ¡Demasiado camino a través de la negra entraña de la tierra! Se puso una mano en un bolsillo, y sus dedos tocaron un trozo de yeso verde.

—¿No sería conveniente marcar el camino? —preguntó—. Si nos perdemos, será fácil hallar la ruta de regreso.

—No nos perderemos —dijo Ghang—. Y si Jensen ve las señales, nos seguiría sin ninguna dificultad.

Chang parecía muy seguro de sí mismo. No obstante, Bob sabía cuan fácil resulta perderse cuando menos se piensa. Pete lo sabía también, por eso dijo:

—Nuestra contraseña es un interrogante. Si le añadimos flechas en direcciones opuestas, sólo nosotros sabemos seguro cuáles indican el camino cierto. Quien viniera tras nosotros, perdería mucho tiempo con las pistas falsas.

Chang estuvo de acuerdo.

—Conforme —aceptó—. Jensen ignora esta mina, como también que se comunique con las bodegas. De todos modos, no marcaremos la entrada. Empezaremos una vez dentro de la galería.

Ya de acuerdo en todo, iniciaron el camino. De cuando en cuando las galerías se cruzaban o ramificaban. Bob marcaba la ruta buena, equivocándola ex profeso con flechas que señalaban hacia galerías de ignorado final.

Poco después llegaban a un lugar donde el túnel aparecía hundido en parte. Rocas y cascotes sobre el suelo, casi cerraban el paso. Chang dijo:

—Tendremos que arrastrarnos. Yo iré delante —se volvió a Pete —. Lleva tú la vieja linterna con las perlas. Me estorba si he de cavar.

—Conforme, Chang.

Pete ajustó la linterna con su precioso contenido debajo del cinturón, que se apretó firmemente para que no resbalase.

—Me gustaría que diese luz —exclamó Pete.

—Sí, es un problema —respondió Chang—. Sólo disponemos de dos linternas. Bob, ¿por qué no das a Pete tu luz? Yo voy en cabeza con la mía, y Pete, tras ti, con la tuya. Así todos tenemos claridad.

La idea no gustó mucho a Bob. En la negrura, disponer de una linterna resultaba agradable y proporcionaba seguridad.

No obstante, la propuesta de Chang era sensata. Bob entregó su linterna al segundo investigador. Después de todo, eso le ayudaría a arrastrarse más cómodamente. La pierna que hasta hacía poco llevaba con sujetador ortopédico le dolía y empezaba a sentir cansancio.

La sección hundida medía unos cien metros, si bien parecióles interminable. En ocasiones, Chang se veía forzado a serpentear como un reptil. Luego tocaba el turno a Bob, y después a Pete. Eran

como gusanos que horadaban la tierra. A veces, Chang se detenía para hacer mayor una abertura o empujar rocas pequeñas.

Una vez Bob rozó una piedra en el techo. Ésta se desprendió sobre su espalda y lo encajonó sin poderse mover en ninguna dirección. Tuvo que reprimir una sensación de pánico, mientras Pete lograba liberarlo.

—¡Gracias, Pete! —jadeó.

Luego siguió adelante. Su amigo, más grueso, se entretuvo en despejarse el camino para no sufrir el mismo tropiezo.

Bob jadeaba sin aliento cuando salieron a un lugar donde pudieron ponerse en pie, con las espaldas apoyadas en la roca.

Allí las luces mostraron los viejos maderos del techo, combados hacia abajo debido al peso. No obstante, si habían resistido tantos años, no había por qué temer que cedieran entonces.

Durante un rato permanecieron allí, descansando.

Al fin, Chang, dijo:

—Ya hemos pasado lo peor. Aún nos queda un trecho malo, pero no tanto como el que hemos cruzado. Una cosa es segura —se rió—. Jensen jamás podrá seguirnos por aquí. ¡Es demasiado gordo!

Luego les contó la historia de los túneles que atravesaban. Las minas se pusieron en explotación hacia el año 1849. Transcurrido el período de fácil extracción del oro, muchos mineros se marcharon. No obstante, algunos continuaron el duro trabajo de agujerear la montaña en busca de auríferas vetas diseminadas entre las rocas. Poco a poco las galerías se extendieron por toda la montaña.

Pero el valle había dependido siempre de sus viñedos. Después de fallecido el viejo Mathias, la madre de Lydia Green compró las tierras, mejoró los viñedos, y fundó la Vinícola 3-V. Pero en 1919 se implantó la ley «seca», que prohibió la venta de cualquier clase de bebida alcohólica.

Arruinados los viñedos, los hombres volvieron a la minería, y abrieron nuevas galerías en busca del metal precioso. Aún vendría otra plaga: la depresión económica de 1929, que incrementó la fiebre del oro, sentida por todo hombre capaz de mover un pico.

En 1940, las cosas empezaron a mejorar. La ley «seca» fue derogada, y los viñedos empezaron a dar fruto, de nuevo. Sin embargo, tan largo período de tiempo arañando las entrañas de la tierra, dejaría tras sí cientos de galerías bajo la montaña.

—¿Hay oro actualmente? —preguntó Bob.

—Muy poco. Además, probablemente se necesitaría dinamita para encontrarlo —dijo Chang—. Bueno, en marcha. Es ya muy tarde, y tía Lydia estará preocupada.

Bob siguió marcando el camino con la contraseña, entre flechas engañosas.

De repente, Chang mostróse indeciso entre tres galerías que arrancaban en el mismo punto. Al fin se decidió por la de la derecha, que resultó ciega a unos trescientos metros de la encrucijada.

—Me equivoqué —dijo alumbrando el suelo del túnel—. Bob y Pete vieron huesos blancos a la luz de la linterna. Ambos creyeron que se trataba de un esqueleto humano. Luego comprobaron que los huesos pertenecían a un animal atrapado en un derrumbamiento del techo.

—¡Un burro! —exclamó Chang—. Seguro que su propietario lo usaría para sacar el mineral al exterior. El hombre debió sentirse feliz al no ser atrapado también. ¿O lo fue? Nadie se ha preocupado de averiguarlo.

Bob miró la calavera del burro y se estremeció. Su sensación de alivio fue grande al correr detrás de Chang, de regreso a la encrucijada.

Chang no titubeó ahora al elegir la galería acertada. Avanzó rápidamente por ramificados túneles y su detención fue tan brusca que Bob se le echó encima:

—Hemos llegado a «La Garganta» —explicó.

—¿«La Garganta»? —preguntó Pete—. ¿Qué es ello?

—Es una falla en la roca desde el otro barranco —aclaró Chang —. Pero es muy desigual y estrecha.

Su linterna iluminó la hendidura en la piedra. Ésta era lo suficiente alta para que un chico se mantuviera en pie, pero demasiado estrecha para caminar por ella, a menos que se hiciera de costado.

—Bien —dijo Chang, leyendo en sus pensamientos—. Hemos de cruzarla de lado.

—¿Estás seguro… estás seguro que sale al exterior? —preguntó Bob.

Cuanto más rato permanecía en el subterráneo, menos le

gustaba. Y la idea de abrirse camino por la estrecha hendidura no le hacía la más mínima gracia.

—Seguro —dijo Chang—. Yo he pasado por ella. Además, ¿no adviertes la corriente de aire? Procede de aquel lado.

Era cierto. Lo sentían en sus mejillas.

—Tenemos que pasar —apremió Chang—. Es la única conexión entre los dos lados de montaña, y sólo un muchacho o un hombre pequeño pueden hacerlo. Espero no haber crecido demasiado en los últimos seis meses. Bueno, yo paso primero. Vosotros esperáis aquí. Cuando esté el otro lado, encenderé tres veces consecutivas la linterna, y Bob me seguirá. Pete y yo mantendremos alumbrada la grieta, desde los dos extremos. Cuando Bob haya pasado, volveré a encender la luz tres veces, y Pete cruzará el pasadizo.

Chang se deslizó por «La Garganta», sujetando la linterna con su mano derecha. Cuidadosamente empezó a pisar de lado, no haciendo ningún movimiento repentino para no quedar emparedado en la estrecha y desigual abertura. Pete y Bob vieron cómo su luz se movía a sacudidas, oculta por su cuerpo las más de las veces. Chang había dicho que una vez cruzada «La Garganta», estarían en los túneles habilitados como bodegas para el envejecimiento de los vinos, y que llegarían a casa en una hora.

Chang avanzó de prisa, si bien a los dos muchachos que aguardaban les pareció una eternidad. Al fin vieron tres destellos espaciados anunciando que ya había cruzado.

—Conforme, Bob —dijo Pete—. Será fácil para ti que eres más delgado que nosotros.

—Seguro —dijo Bob, con la garganta seca—. Será una ganga. ¡Ilumina!

Penetró de costado en «La Garganta», Pete alumbró el suelo, y del otro extremo llegó el amortiguado resplandor de la linterna de Chang. Pete miró cómo su amigo avanzaba despacio. Cuando el cuerpo de Bob llenó la parte más estrecha de «La Garganta», la luz de Chang quedó oculta. El segundo investigador mantuvo la suya encendida un poco más, y, luego, imaginando que Bob estaba ya más cerca de Chang que de él, apagó su linterna.

Tensos los nervios, Pete esperó las tres señales luminosas, que por alguna razón no se producían.

De repente oyó un amortiguado grito, seguido de palabras

incoherentes.

—¡Pete! ¡No…!

La voz de Chang sonó como si fuera cortada repentinamente, quizá por una mano en su boca.

Pete adivinó, empero, lo que Chang intentaba decirle: «¡No vengas!».

Esperó algún sonido o señal. Al fin vio tres haces de luz seguidos. Luego de una pausa, tres más.

Pero las señales eran más cortas que las hechas por Chang poco antes.

¡Aquello era una trampa! Alguien que no era Chang ni Bob, estaba haciendo señales para que cruzase «La Garganta».

Pete ya no tuvo dudas. ¡Chang y Bob habían sido capturados!

Capítulo 11

Una fortuna en una calavera

Desde Rocky Beach, Jupiter Jones hablaba por teléfono con la señorita Lydia Green.

—¿Que han desaparecido Bob, Pete y Chang?

—Bueno, ellos se fueron —la voz de la mujer sonaba muy apurada—. Partieron a caballo para explorar el valle. Dijeron que pasarían fuera todo el día. Tuvimos tanto trabajo aquí, con el *sheriff* y los periodistas, que no los echamos de menos hasta la hora de la cena.

Entonces descubrimos que no estaban en ninguna parte del valle. Incluso no hemos encontrado sus caballos.

La poderosa mente de Jupiter pareció quedarse en blanco.

—Pero ¿dónde pueden estar? —exclamó desconcertado.

—Creemos que en las minas —dijo la señorita Green—. Hay una red de antiguas minas bajo la montaña. Nosotros las usamos de bodegas para envejecer nuestros vinos. Creemos que Chang se los llevaría allí para explorar. Los hombres han ido a buscarlos.

Jupiter se presionó el labio. Sus engranajes mentales empezaban a moverse. El collar de perlas había desaparecido, y sus amigos y Chang también. Quizá no hubiese ninguna relación, si bien el primer investigador sospechó que sí. Ante una urgencia sólo caben decisiones extremas.

—¿Están todos los hombres disponibles buscándolos? —preguntó.

—¡Naturalmente! —dijo la señorita Green—. Todos los trabajadores… bueno, los que aún siguen con nosotros, y también el personal de la casa. Exploran las galerías donde están los toneles.

También hemos mandado hombres al desierto, más allá de Verdant Valley, para ver si los chicos han ido allí.

—¡Dígales que busquen interrogantes! —apremió Jupiter.

Conocía a sus camaradas y sabía que donde fuera que estuviesen intentarían dejar la contraseña de los Tres Investigadores, en una forma u otra.

—¿Interrogantes? —preguntó la señorita Green.

—Interrogantes —confirmó Jupiter—. Probablemente, trazados con yeso. Si alguien encuentra un signo de interrogación, o varios, que informe de inmediato.

—¡No lo entiendo! —exclamó la señorita Green.

—¡Imposible explicárselo por teléfono! ¿Puede enviar un coche al aeropuerto para recogemos? ¡Iré acompañado! El padre de Bob Andrews sé que vendrá.

—Sí… sí —la voz de la mujer tembló—. Naturalmente. ¡Oh, espero de veras que no hayan sufrido ningún daño!

Jupiter le dio las gracias y colgó el auricular. Luego llamó al padre de Bob, quien, después de la primera sorpresa, concertó reunirse con él en el aeropuerto. Jupiter rogó a Konrad que cuidase del «Patio Salvaje» lo mejor que pudiera, y que en aquel mismo momento lo llevase al aeropuerto en el camión pequeño.

El primer investigador había desplegado su tremenda capacidad de acción, si bien los resultados tardarían en llegar. Dudaba que Pete, Bob y Chang estuvieran perdidos en las minas, y que fuera tan fácil hallarlos.

Y no se equivocaba. Poco después, Bob y Chang eran obligados a avanzar de prisa entre hombres que buscaban en las minas por el lado de Verdant Valley. Fueron sacados de allí en grandes toneles vacíos. ¿Y quién iba a sospechar del traslado de unos toneles, trabajo rutinario en las bodegas, o de un camión que se los llevaría a cualquier sitio, como otras muchas veces?

Así, Bob y Chang viajaban prisioneros del señor Jensen, a un destino desconocido. Mientras tanto, Pete, con el collar de perlas en su poder, vagaba por la compleja red de galerías al otro lado de «La Garganta», donde nadie le buscaría, pues sólo Jensen y sus pillos sabían que los chicos habían cabalgado hasta el cañón Hashknife, como tampoco que las galerías tuviesen comunicación con las bodegas.

Pete, tan pronto comprendió que Bob y Chang habían sido capturados al otro extremo de «La Garganta», retrocedió en la oscuridad. Puso su mayor atención en captar cualquier ruido que delatase a un posible perseguidor. No advirtió ninguna luz. Los aprehensores de sus amigos debían de ser muy voluminosos para arriesgarse a cruzar la grieta. No lo perseguirían, a menos que encontrasen a uno lo suficientemente delgado y bajo para ello.

¡Imposible quedarse allí y esperar! La única esperanza de Pete radicaba en volver de nuevo al cañón Hashknife y ocultarse entre las rocas hasta la mañana siguiente. Entonces habría hombres buscándoles, y su personal ayuda resultaría más valiosa para Bob y Chang si permanecía libre.

Comprobó que la vieja linterna con las perlas estuviera bien sujeta de su cinto, y luego de una silenciosa oración en demanda de seguridad para su linterna, inició el regreso.

Ahora agradeció la insistencia de Bob en cuanto a señalar el camino. Tras breve búsqueda halló una contraseña verde, seguida de otras, en las rocas. Pete prescindió de las flechas equivocadas de posibles perseguidores.

Aun así se extravió en el lugar en que Chang los llevara por la galería ciega. Bob hizo la marca como si la ruta fuera correcta. Pete halló el camino bloqueado por toneladas de roca y los huesos blancos del burrito que pereciera en el fatídico derrumbe.

Al volverse para desandar el camino, le asaltó una repentina idea. ¿Era aconsejable llevar encima las perlas? Si las escondía, al menos Jensen no podría hacerse con ellas.

Pensó de prisa. Ocultarlas debajo de una roca resultaría peligroso. Todas las piedras se parecen, y si marcaba la buena con su tiza azul, sabría hallarla. Era preferible algo que no llamase la atención…

Su luz se paró sobre la blanca calavera del burro. ¡Ya lo tenía! Aquello era algo tan natural que nadie le prestaría atención. En cambio, él sabría siempre dónde encontrar las perlas.

Sin más tardanza, sacó de la vieja linterna el envoltorio de papel de celulosa y lo puso dentro de la calavera.

De regreso, cuando se detuvo en la bifurcación de las tres galerías, tuvo otra idea. De nada le servía ya la vieja linterna. Puso en su interior varias piedrecitas, y decidió ocultarla. Quizás en un

momento dado, si era preso y obligado a buscar las perlas, aquello serviría de engaño.

Colocó la linterna detrás de una roca, y a poca distancia dispuso otras más pequeñas con flechas indicadoras.

Luego Pete avanzó con rapidez hasta el pasadizo de techo bajo, donde él y los otros tuvieron que rastrear.



Llevaba muchas horas bajo tierra, y era presa de acuciante apetito. La misma oscuridad lo tenía enfermo. Sin embargo, era inútil apresurarse por el riesgo a perderse quizá para siempre.

Lenta, calmosamente, se puso de rodillas, luego se tendió y empezó a arrastrarse.

Una roca pequeña cayó delante de él, casi dándole. ¡Fue terrible aquel momento! Creyó que toda la sección se derrumbaría. Y para colmo de males, sintió un débil temblor de tierra. Se quedó sin aliento, esperando su fin. Pero nada sucedió, excepto que acabó el pequeño temblor. Entonces estiró la mano e hizo rodar la piedra a un lado.

Pete respiró con la fuerza que proporciona el alivio, y se tomó varios minutos para recuperarse. Tenía perfecta idea de lo sucedido. En alguna parte había ocurrido un pequeño terremoto, que repercutió en el cañón en forma de un ligero temblor.

Pete, como todos los habitantes de California, conocía la existencia de la famosa falla de San Andreas, una vasta grieta de la corteza rocosa de la tierra que atraviesa el oeste de California. Ella fue la causa del terremoto de San Francisco en 1906, y también del de Alaska en 1964, que alteró en algunos sitios la orografía terrestre en más de tres metros. Otra de sus consecuencias es la multitud de leves temblores —algunos tan ligeros que sólo los instrumentos los registran— que se producen a lo largo de un año.

Pete acababa de experimentar los efectos de un raro temblor, debido al deslizamiento de tierras en alguna parte de la extensa falla. Por fortuna, sólo tuvo que lamentar unos minutos de intranquilidad. Quizás en otra parte las consecuencias serían más graves, si bien Pete ni llegaría a enterarse. Pasado el peligro, el segundo investigador acabó de recorrer la distancia que lo separaba de la galería normal. Luego se apresuró para recobrar el tiempo perdido, y siguió las huellas dejadas por Bob hasta el comienzo del túnel.

Halló la cueva desierta. Todo era silencio. Más allá la negrura de la noche caía cual cortina.

Avanzó lentamente por la cueva, deteniéndose a escuchar después de cada paso. Al no usar su linterna, sólo veía la boca de la cueva como un punto ligeramente más claro en la oscuridad.

Paso a paso se acercó a la salida. De nuevo se detuvo a escuchar.

¡Nada! Salió fuera, centímetro a centímetro, en la creencia de que la entrada no había sido localizada.

Ya fuera, se detuvo un momento para acostumbrar sus ojos a la amortiguada luz de las estrellas.

Entonces alguien oculto entre unas rocas saltó a la entrada de la cueva.

Fuertes brazos agarraron a Pete y una mano gruesa le tapó la boca.

Capítulo 12

Entrevista con el señor Won

Bob y Chang se hallaban encerrados en una habitación de sólidas paredes y sin ventanas. Su única puerta estaba cerrada con llave… lo habían comprobado.

Los trajes de ambos muchachos aparecían desastrosos debido al rastreo por el subterráneo. No obstante, se habían sacudido la suciedad, y se habían lavado.

Acababan de servirles una gran bandeja de manjares chinos, extraños a Bob, pero deliciosos.

Hasta entonces, demasiado hambrientos, no tuvieron ganas de hablar mucho. Pero con el estómago lleno, la cosa cambió de signo.

—Me gustaría saber dónde estamos —dijo Bob.

—En una habitación subterránea, en una gran ciudad. Probablemente San Francisco —dijo Chang.

—¿Cómo lo sabes? Nos taparon los ojos. No vimos nada.

—Tiembla el suelo cuando pasan grandes camiones. Y estos vehículos no ruedan por ciudades pequeñas. Fueron sirvientes chinos los que nos encerraron aquí y nos trajeron comida. San Francisco tiene el mayor barrio chino de los Estados Unidos. Estamos en una habitación secreta en el hogar de un chino pudiente.

Bob sacudió la cabeza.

—¿Cómo deduces esto?

—La comida. Es auténticamente china y cocinada de modo soberbio. Sólo un cocinero bueno puede hacerla. Y sólo un rico puede permitirse un cocinero semejante.

—Tú y Jupiter haríais buena pareja —dijo Bob—. Me gustaría

que vivieras en Rocky Beach, y que te unieras a los Tres Investigadores.

—También a mí —contestó Chang—. Verdant Valley es muy solitario. En Hong Kong viví rodeado de muchas personas. Tenía amigos para charlar, y jugar. Ahora… —Se encogió de hombros—. Pronto seré un hombre y me haré cargo de las bodegas y viñedos como desea mi venerable tía —y tras breve silencio añadió—: Si me permiten que lo haga.

Bob comprendió el significado de las últimas palabras de Chang. ¡Si salían bien librados de aquel bollo! Jupe había tenido mucha razón.

Evidentemente, la aparición del fantasma llevaba consigo otras complicaciones ignoradas.

Los pensamientos de los muchachos fueron interrumpidos por el sonido de la puerta que se abría. Un chino, ataviado a la vieja usanza, ordenó:

—¡Venid!

—¿Adonde? —inquirió Chang.

—¿Pregunta el ratón dónde va cuando las garras del águila lo sujetan? —respondió el hombre—. ¡Venid!

Chang se encaminó a la puerta. Bob, tan erguido como pudo, siguió tras él.

El chino les condujo por un pasillo a un diminuto ascensor, que se detuvo ante una puerta roja. El viejo abrió la puerta, y empujó a Bob.

—¡Entra! ¡Habla la verdad o el águila te comerá!

Ambos muchachos se creyeron solos en una habitación grande y circular, repleta de múltiples tapices rojos con bellas escenas bordadas en hilo de oro. Bob vio dragones, templos chinos, e incluso, sauces llorones que parecían balancearse en el viento.

—¿Admiras mis tapices? —preguntó la voz suave de un anciano, aunque firme—. Tienen quinientos años de antigüedad.

¡Luego no estaban solos! El anciano se hallaba sentado sobre un gran sillón de negra madera labrada, entre blandos almohadones.

Vestía amplia túnica, como la usada por los antiguos emperadores chinos. Bob los había visto en los libros. Tenía el rostro pequeño, delgado, amarillo cual pera marchita y los miraba a través de unas gafas ribeteadas en oro.

—¡Avanzad! —invitó sosegadamente—. Sentaos, pequeños. ¡Me habéis causado tantas molestias!

Bob y Chang caminaron sobre alfombras tan gruesas que parecían hundirse en ellas. Dos pequeños taburetes estaban dispuestos, como si ya los aguardasen. Luego de sentarse miraron sorprendidos al anciano.

—Me podéis llamar señor Won, tengo ciento siete años de edad.

Bob lo creyó. En verdad que tenía aspecto de ser el hombre más anciano que jamás viera. Empero, no se le advertía débil.

El señor Won miró a Chang.

—Pequeño tunante, la sangre de mi pueblo fluye también en tus venas. Hablo de la vieja China, no de la China de hoy. Tu familia china ha significado mucho. Tu bisabuelo sedujo a una de nuestras princesas. Pero de esto prefiero no hablar. Las mujeres son tan locas que siguen los dictados de sus corazones. Tu bisabuelo robó, o sobornó a un oficial para que lo robase por él, un collar de perlas.

El señor Won presentó el primer síntoma de excitación.

—Un collar de perlas valiosísimo —dijo—. Durante más de cincuenta años se ha ignorado su paradero. Ahora ha aparecido. ¡Yo quiero poseerlo!

Se inclinó hacia delante. Su voz se hizo mucho más potente.

—¿Oyes, ratoncito? «¡Quiero las perlas!».

Bob sentíase extremadamente nervioso, pues no poseían las perlas para dárselas al señor Won. Chang, sentado a su lado, dijo:

—¡Oh, venerable anciano! No tenemos las perlas. Están en posesión de uno que tiene alas en los pies y fuerte el corazón. Escapó con ellas para devolvérselas a mi tía. Envíanos con mi tía, e intentaré persuadirla de que las venda a usted, si lo que se dice en la carta que escribió quien asegura ser pariente de la esposa de mi bisabuelo, no resulta ser cierto.

—¡No es cierto! —exclamó el señor Won enojado—. Fue mandada por uno que yo conozco, para confundir las cosas. Él también desea comprar las perlas. Yo soy rico, pero él lo es más. Las comprará a menos que yo llegue antes. Por lo tanto… ¡las quiero!

Chang inclinó la cabeza.

—Somos ratoncitos y estamos indefensos. Nuestro amigo no ha sido capturado, y él tiene las perlas.

—¡Fallaron! —Los dedos del señor Won tamborilearon sobre el

brazo de su sillón—. ¡Pagarán el haberlo dejado huir!

—Estuvieron a punto de cogerlo —explicó Chang—. No sé cómo, pero adivinaron mi plan. Esperaban en silencio mientras yo, y después mi amigo, nos deslizamos por un estrecho paso que ningún hombre puede cruzar. Luego oí rodar una piedra, desvié la luz de mi linterna y vi a alguien. Grité a mi amigo en el preciso momento en que Jensen y sus hombres nos cogían. Por eso, mi amigo pudo escapar. El pasillo es demasiado estrecho para Jensen y sus hombres.

—¡Fallaron! —repitió el señor Won—. Jensen me telefoneó anoche para decirme que tenía las perlas en su poder y que me las traería hoy. Le recomendé muchísima prudencia. Y, sin embargo…

Una campana de plata sonó en alguna parte. El señor Won buscó debajo de los almohadones de su sillón, y ante la sorpresa de Bob sacó un teléfono. Escuchó atentamente y luego dijo:

—¡Hay novedades! Esperaremos.

Aguardaron en silencio. Bob se preguntó qué sucedería ahora. Habían sido tantas las sorpresas durante aquel día, que nada sería capaz de alterarlo.

No obstante, la realidad sería muy otra.

La puerta roja se abrió para dar paso a un sucio, maltrecho, pálido y malhumorado Pete Crenshaw.

Capítulo 13

¡Quiero las perlas!

—¡Pete! —Bob y Chang se pusieron en pie—. ¿Cómo te encuentras?

—Hambriento —exclamó Pete—. Aparte de eso, estoy bien; aunque me duele el brazo. Jensen me lo torció para obligarme a decir dónde oculté las perlas.

—¿Las ocultaste? —preguntó Bob.

—¿No dirías dónde? ¡No, estoy seguro de que no lo dijiste! —habló Chang.

—Estás en lo cierto —gruñó Pete—. Son unos salvajes. Si supieran que…

—¡Cuidado! —avisó Chang—. No estamos solos.

Pete enmudeció al ver al señor Won.

—Tú no eres un ratoncito —dijo éste, mirando a Chang—. Tú eres un dragoncito del mismo temple que tu bisabuelo —se detuvo pensativo—. ¿Te gustaría ser mi hijo? —preguntó, aturdiendo a los chicos—. Soy rico, pero tengo triste el corazón porque no logré un descendiente varón. Te adoptaré, serás mi hijo, y con mis riquezas te transformarás en un hombre poderoso.

—Me siento honrado, venerable anciano —dijo Chang, cortés—. Pero mi corazón teme dos cosas.

—¡Dilas! —exigió Won.

—La primera es que deseará que traicione a mis amigos y obtenga las perlas para usted.

El señor Won inclinó la cabeza.

—¡Naturalmente! Como futuro hijo, sería tu deber.

—El segundo temor —siguió Chang—, es que, si bien ahora habla en serio, lo olvidará cuando tenga las perlas. No obstante, eso

carece de importancia, pues yo no traicionaré a mis amigos.

El señor Won suspiró.

—Si hubieras aceptado, ciertamente lo hubiera olvidado. Ahora sé que te adoptaría como hijo mío si tú quisieras. Pero tú no quieres. No obstante, ¡necesito las perlas! Significan vida para mí. También para vosotros.

El señor Won buscó debajo de los almohadones. De entre ellos sacó un diminuto frasco, un vaso de fino cristal y un objeto redondo que sostuvo en la palma de su mano.

—Acercaos y observad —dijo.

Chang, Bob y Pete se aproximaron a él, y miraron la cosa que había en su mano marchita y temblorosa, semejante a una garra.

Era una perla de color gris mortecino, que más bien parecía una bola mal hecha.

Chang la reconoció.

—¡Es una perla como las nuestras!

—Dices bien, dragoncito —exclamó el señor Won, que echó la valiosa perla en el frasquito.

Todos vieron cómo se producía un burbujeo siseante en el líquido del frasco, y también que la perla se disolvía.

—Son las perlas de la vida —explicó el señor Won, mientras vertía el contenido en el vaso de cristal—. Sí: son perlas de vida.

Se bebió el líquido hasta la última gota.

Luego volvió el vaso y el frasquito al lugar secreto donde los ocultaba.

—Dragoncito de la sangre de Mathias Green, y amigos tuyos: os diré algo que escasos hombres saben y, los que lo saben, o son muy sabios o muy ricos, o las dos cosas. Estas perlas no tienen precio. Pero ¿por qué no tienen precio? No porque sean bonitas. Como perlas, son feas. Su aspecto es, si puedo definirlo así, muerto. ¿No es cierto?

Pese a que ignoraba a qué se refería el señor Won, los chicos asintieron.

—Durante siglos, unas pocas, muy pocas han sido halladas en cierto lugar del océano Índico. Ahora, por alguna razón, no se encuentran. Apenas hay media docena de collares de estas perlas en el mundo. Las guardan como preciados tesoros hombres opulentos del Oriente. ¿Por qué?

Se calló unos momentos para infundir mayor dramatismo a sus palabras.

—Porque cuando se tragan, como yo he tragado la última que poseía, confieren el don sin precio de prolongar la vida.

Los chicos escuchaban con ojos muy abiertos. El señor Won creía en sus propias palabras. Éste, luego de suspirar hondo, dijo:

—Esta virtud se conoce en China desde hace cientos de años. El secreto fue guardado por reyes y nobles. Más tarde lo conocieron también los ricos traficantes como yo. En mi caso particular, si he llegado a los ciento siete años se debe a que me he tragado más de cien perlas de estas grises durante mi vida.

Won fijó sus negros y pequeños ojos en Chang.

—¿Comprendes ahora, dragoncito, por qué necesito el collar? Cada perla prolonga la vida unos tres meses más. Hay cuarenta y ocho perlas en el collar, que significan doce años más de vida. ¡Doce años más!

Su voz subió de tono.

—¡Quiero las perlas! ¡Nada ni nadie lo impedirá! Vosotros, pequeños, sólo seréis polvo en mi camino si os interponéis. ¡Doce años de vida! Ahora tengo ciento siete, ¿comprendes dragoncito, lo que eso significa para mí?

Chang se mordió los labios.

—Habla en serio —susurraron Pete y Bob—. Nada lo detendrá. Intentaré negociar con él.

—Negocia conmigo, dragoncito —invitó el señor Won—. Un negocio honorable será respetado por ambos.

—¿Pagará a mi tía el valor de las perlas si Pete dice dónde están?

El señor Won sacudió la cabeza.

—Ya he dado mi palabra al señor Jensen. Pero… —Se detuvo estudiando a Chang—. Tu tía experimenta dificultades para el pago de la hipoteca sobre los viñedos y la Vinícola 3-V.

»Los títulos de esta hipoteca son míos. Te doy mi palabra de que no habrá problemas. Tu tía dispondrá de tiempo para el pago. En cuanto al fantasma que aterroriza a los obreros, desaparecerá.

Los tres muchachos parpadearon.

—¿Sabe usted quién es el fantasma? —gritó Chang—. ¿Cómo es que lo sabe?

El anciano se sonrió.

—Tengo un gran almacén de pequeña sabiduría. Conduce a Jensen hasta las perlas y los problemas de tu tía se habrán esfumado.

—Eso suena bien —declaró Chang—. Pero ¿cómo sabré que puedo confiar en usted?

Pete y Bob asintieron.

—Soy el señor Won —dijo bruscamente el anciano—. Mi palabra es más fuerte que los cables de acero.

—Dile que no podemos confiar en el señor Jensen —barbota Bob.

—Jensen prometerá cualquier cosa y hará lo contrario —terció Pete.

El señor Won alzó la voz:

—¡Que venga Jensen!

Aguardaron durante dos largos minutos. Al fin, la puerta roja se abrió y entró Jensen.

—¿Consiguió que hablaran? —gruñó su pregunta.

—¡No habla usted a un igual! —respondió molesto el señor Won —. Usted es una de esas cosas que se arrastran en la noche, útil sólo para ser pisoteada.

Los muchachos vieron rabia en el rostro de Jensen, si bien la rabia se trocó en mortal temor.

—Lo siento, señor Won —dijo humildemente—. Sólo preguntaba.

—¡Escuche y cállese! Si estos chicos colocan el collar en sus manos esta noche, cuidará de que no les ocurra nada. Átelos si lo cree necesario, de modo que necesiten una hora para soltarse. Ahora bien, ¡no demasiado fuerte! Si le dan el collar, cualquier daño que ellos sufran, usted lo recibirá multiplicado por cien. Si no presta atención a mi advertencia, será castigado con la muerte de los «Mil Cortes».

Jensen tragó saliva antes de hablar:

—La gente de Verdant Valley los busca. Hasta ahora he conseguido desviar la atención del cañón Hashknife. Pero si los llevo otra vez allí…

El señor Won lo interrumpió.

—No será preciso que los lleve allí. Los chicos nos dirán dónde

encontrar el collar. Así lo espero, pues simplificaría las cosas.

El señor Won se puso en pie. Era muy bajo. No mediría más de metro y medio.

—Vamos —dijo—. Ellos quieren hablar a solas. Esta cuestión es de vida o muerte, y tienen derecho a una decisión libre.

Los dos hombres desaparecieron detrás de una colgadura carmesí.

Capítulo 14

Una decisión providencial

—No digáis lo que no deseéis que ellos oigan —susurró Chang a los otros, cuando los hombres desaparecieron—. Habrá docenas de oídos escuchando. Hablemos para pasar el tiempo. En realidad, el tiempo está de nuestra parte.

—Celebro que algo esté de nuestra parte —dijo Pete—. Me gustaría saber cómo fuisteis cazados.

—Paseé el foco de mi linterna alrededor mío —dijo Chang— y vi de refilón el rostro de un hombre. Te grité. Luego, cinco de ellos saltaron sobre nosotros. Nos ataron y nos amordazaron en un santiamén.

—Quisieron engañarte —intervino Bob—. Por suerte eludiste la trampa. Jensen se enfureció mucho. Trató de obligar a sus hombres a que atravesaran «La Garganta», pero todos eran corpulentos y temieron el intento.

—Tampoco imagino cómo estaban allí —habló Pete.

—Jensen subió a la cumbre del promontorio a tiempo de vernos girar el camino contrario en el cañón Hashknife —contestó Chang —. Alardeó de ser más listo que nosotros. Comprendió que intentaríamos llegar a casa a través de las galerías. Lo cierto es que también conocía el paso entre los dos valles a través de «La Garganta». Se fue directamente al otro extremo y nos esperó, dejando a varios hombres en la cueva del cañón Hashknife por si retrocedíamos —Chang sacudió la cabeza disgustado—. ¡Me creí muy sabio! Y sólo fui un juguete en sus manos.

—Cuestión de mala suerte —quiso tranquilizarlo Pete—. Jensen nos vio antes de podernos ocultar. De todos modos ahora sabemos

que los trabajadores están confabulados con ese bribón de Jensen. Eso explica los accidentes y perjuicios de que nos hablaste.

—Sí —convino Chang—. Jensen y sus hombres los han provocado. Pero no imagino por qué. Todo empezó hace más de un año, cuando nadie sabía nada del collar de perlas.

—Bueno, lo cierto es que nos cazaron —dijo Bob—. Uno de los hombres de Jensen vino a decir que la tía de Chang había ordenado se nos buscara en todo el valle. Jensen estuvo a punto de ser descubierto. Entonces se le ocurrió la idea. Estábamos en una galería donde había grandes toneles de vino. Jensen nos metió en sendas barricas y las cerró con clavos. Luego las cargaron en una vagoneta y la empujaron fuera, depositándonos en un camión.

—Fue una idea inteligente —admitió Chang—. Dentro de los toneles éramos impotentes. Incluso oí cómo alguien preguntaba a Jensen si nos había visto. Respondió negativamente y que se disponía a examinar el paso norte del valle que conduce a San Francisco. Afirmó que habíamos sido vistos cabalgando en aquella dirección. El hombre prometió no regresar hasta que nos hallase. Así se preparó una inteligente coartada para estar ausente el tiempo que precisase.

Pete asintió. Jensen era un bribón, pero no un tonto.

—El camión nos llevó a varios kilómetros de allí —continuó Bob —. Cuando se detuvo, bajaron los toneles y nos dejaron salir. Nos encontrábamos en un lugar tremendamente solitario.

—Sí, a varios kilómetros, en el paso que conduce a San Francisco —intervino Chang—. Allí nos hicieron subir a un microbús, nos tendieron en el asiento posterior y nos cubrieron con una manta. Jensen ordenó a los otros que regresaran al valle y se unieran a la búsqueda, si bien habían de impedir que nadie entrase en el cañón Hashknife, donde dejamos los caballos. Les recomendó que si te pillaban, te trajeran con las perlas a cierta dirección de San Francisco.

—Me cogieron, pero no consiguieron la perlas —dijo Pete, satisfecho.

—Jensen condujo a gran velocidad —siguió Chang—, seguro que batimos todos los récords entre Verdant Valley y San Francisco. Cuando llegamos aquí, entramos en una especie de garaje subterráneo, donde varios criados chinos nos desataron, nos

permitieron lavarnos y nos sirvieron excelente comida. Ésa es toda la historia hasta que nos trajeron a presencia del señor Won.

—Yo agradecería una excelente comida —gimió Pete—. Y que me dejaran lavarme. ¡Mirad mis manos! Bueno, diré mi historia. Cuando te oí gritar, supe que habíais sido cazados. Lo único que se me ocurrió fue regresar por el mismo camino. Por suerte las señales de Bob me ayudaron.

Bob alzó la mano y marcó en el aire el signo de los Tres Investigadores.

—Dejé la señal en el tonel en que viajé —susurró—. Pero ¿quién mirará en el interior de un tonel? Y si lo hacen, ¿qué les dirá nuestra marca?

—Ni Jupe sacaría nada en claro —admitió Pete—. Bueno, si nos empeñamos en hablar a media voz, sospecharán que tramamos algo.

Chang fingió que Pete estaba a punto de contarles algo importante, para despistar a los vigilantes invisibles.

—¡No, Pete! —gritó—. ¡No hables de las perlas! En todo caso dinos cómo te cogieron.

Pete contó su historia, si bien se calló toda referencia al lugar donde había ocultado las perlas —en la calavera del asno—. Pero dijo que había escondido la linterna detrás de una roca, antes de salir al exterior y ser atrapado.

Los hombres le torcieron un brazo. Él les dijo que la linterna se hallaba en el interior de la mina, en una sección donde no podían penetrar. Entonces le taparon los ojos, lo sacaron del cañón Hashknife, y en un coche que los aguardaba, lo trajeron a San Francisco.

Según aquellos hombres, la búsqueda se centraba en el desierto más allá de Verdant Valley. Las mentiras de los hombres de Jensen habían evitado que fueran hallados los tres caballos en el cañón Hashknife.

Chang se mostró preocupado:

—Mi tía y mi tío Harold estarán desesperados. El caso es que nunca lograremos escapar del señor Won, hombre de mucha riqueza y poder. Tendremos que acceder a su petición. De nada nos serviría negarle las perlas.

—¿Pretendes regalárselas? —preguntó Pete, que no olvidaba su

calvario antes de ocultarlas.

—Confío en el señor Won —respondió Chang—. Ha dicho que no nos harán daño, y que las dificultades de tía Lydia cesarán. Le creo.

—¿Estás seguro de que esas perlas realmente prolongan la vida? —inquirió Pete—. ¡Me parece una locura!

—Para él es tan cierto como la luz del día —contestó Chang—. Yo mismo no lo pongo en duda. Pensad en que la sabiduría de China tiene muchos siglos. Los científicos de Occidente hallaron muy recientemente que la piel de cierto sapo contiene una droga valiosa. Pues bien, eso era conocido en China cientos de años atrás.

»Los chinos ricos siempre han creído en el valor medicinal de los bigotes del tigre, y de los huesos molidos de los gigantes.

—He leído algo acerca de eso —intervino Bob—. Los huesos de gigantes son en realidad de mamuts siberianos o de otro lugar.

—¿Y quién puede negar que las perlas grises prolongan la vida? —preguntó Chang—. El señor Won está convencido, y todos sabemos que la simple creencia es eficaz medicina que cura enfermedades y salva moribundos.

—Me gustaría oírle cuánto sabe del fantasma verde —dijo Bob en voz alta—. Es muy sintomático que el fantasma y las perlas apareciesen al mismo tiempo y en el mismo lugar.

Chang llamó al anciano.

—¡Señor Won!

Los cortinajes se abrieron. El señor Won se acercó a ellos, seguido de Jensen y tres sirvientes en zapatillas.

—¿Cuál es tu decisión, dragoncito?

—Daremos a Jensen las perlas, que están en la mina.

—Jensen puede ir por ellas —dijo el señor Won, regocijado—. Mientras tanto, seréis mis huéspedes. Luego os dejaré en libertad. No sabéis mi nombre ni dónde vivo. Tendréis libertad de hablar cuanto queráis. Si te creen, nadie me encontrará. Incluso en el barrio chino de esta moderna época soy un misterio.

—Pero no es fácil —saltó Pete—. Jensen es demasiado voluminoso para arrastrarse por la sección hundida. Sólo un hombre muy delgado o un chico pueden hacerlo.

—Yo encontraré el hombre… —empezó Jensen.

El señor Won se golpeó las manos, furioso.

—¡No! —gritó—. Es usted quien debe cogerlas. No podemos fiarnos de nadie. Déjeme que interrogue al chico —se volvió a Pete—. ¡Mírame, muchacho!

Éste sostuvo la mirada de los ojos negros fijos en los suyos. No hubiera logrado desviar sus pupilas aunque se lo hubiera propuesto.

—¿Es cierto que el señor Jensen no puede llegar hasta donde ocultaste las perlas?

—No, señor; no puede.

Pete comprendió que sería inútil mentir. Con la mirada fija del señor Won en sus pupilas, su mente se negaba a ocultar la verdad.

—¿Estaban las perlas en la vieja linterna?

—Sí, señor.

—¿Dónde ocultaste la linterna?

—Debajo de una roca.

—¿Dónde está esa roca?

—No sé describirlo —respondió Pete—. Yo sé cómo hallar el sitio, pero no sé trazar un mapa que lo explique.

—¡Oh! —exclamó el anciano, visiblemente contrariado.

Luego se puso a meditar. Al fin dijo a Jensen:

—La cosa está clara. No utilizará a ningún hombre. Sólo el chico puede encontrar la linterna. Pues bien, que él recupere la linterna y las perlas, y que las entregue a usted. Los otros también se irán con usted.



—¿Y el peligro? —preguntó Jensen, sudoroso—. Si buscan en el cañón ahora…

—¡Corra ese riesgo! Tiene que conseguir las perlas. Luego que los chicos se vayan sin daño.

—¡Pero hablarán! ¡Seré arrestado!

—Yo lo protegeré. Cobrará lo estipulado y lo sacaré del país. Ellos no conocen a sus ayudantes. Luego no podrán perjudicarlos. Y, en cuanto a mí, nadie me encontraría, y si lo consiguieran, no hay pruebas que me comprometan. ¿Entendido?

Jensen respiraba con dificultad.

—Sí, señor Won. Lo haré a su modo. Pero imagine que me engañan, y no entregan las perlas.

Un profundo silencio se hizo en la habitación, hasta que el señor Won se sonrió.

—En ese caso —dijo—, no estoy interesado. Disponga de ellos como quiera y consiga la libertad como pueda. Pero no creo que ellos intenten trucos. También aman la vida, tanto como yo.

Bob sintió escalofríos. Ciertamente, confiaba en que Pete hallaría las perlas.

El segundo investigador había sido interrogado sobre la linterna, y a este respecto había dicho la verdad. Al señor Won no se le ocurrió pensar en que las perlas pudieran estar en otro sitio. Los beneficios que pudiera proporcionar semejante engaño, lo ignoraba.

Pete, al menos, provocaba que todos fueran reintegrados a Verdant Valley o al cañón Hashknife.

—Bien —dijo el señor Won—. Se hace tarde. ¡Hay que darse prisa!

—Los ataré y… —dijo Jensen.

—¡No! —Se opuso el señor Won—. Viajarán dormidos. Es más sencillo y menos peligroso. Ellos irán más cómodos —se volvió a Chang—: Dragoncito, mírame.

Sin desearlo, el muchacho obedeció. El señor Won miró fijamente a sus pupilas.

—Pequeño, estás preocupado, muy preocupado. Ansias dormir. El sueño te atenaza suavemente en sus brazos. Tus ojos se cierran.

Bob y Pete observaron cómo parpadeaban los ojos de Chang hasta cerrarse durante un momento. No obstante, consiguió abrirlos de nuevo, tras un visible esfuerzo.

—¡Cierra los ojos! —ordenó el señor Won, suave, insistente—. No puedes resistirte a mí. Mi voluntad es tu voluntad. Tus párpados pesan. Se caen… se cierran, se cierran fuertemente…

Los párpados de Chang se cerraron como si no pudiera resistir su peso. La voz del señor Won continuó blanda e insistente.

—Ahora tienes sueño. Tienes mucho sueño. El sueño desciende a ti como una onda de oscuridad. Te sumerges en el sueño. El sueño te agrada. Ahora estás dormido y no te despertarás hasta que te lo ordenen. Duerme, dragoncito, duerme… duerme… duerme… duerme…

Y repitió la palabra hasta que Chang perdió el equilibrio y se dobló, dormido. Uno de los sirvientes se lo llevó.

—Y ahora tú, ocultador de mis perlas preciosas, ¡mírame!

Tocó el turno a Pete, que intentó no mirar al señor Won, pero los ojos de éste arrastraron los suyos como si fueran imanes. Pese a sí mismo, Pete no pudo mirar a otra parte. Desesperadamente trató de combatir la soñolencia que le embargaba al conjunto de la voz susurrante del señor Won. Una pesadez como jamás experimentase antes, lo venció. Después de un rato los ojos se cerraron y también se desplomó en los brazos de otro sirviente.

Bob comprendió que el señor Won se valía del hipnotismo, tan a menudo empleado para dormir a personas. Él sabía, por haberlo leído, que se practica en los pacientes sometidos a una operación, a fin de que no sientan el dolor. Por eso no se asustó cuando el señor Won se volvió a él.

—Eres el más jovencito de todos, pero tienes valeroso el corazón. Tú también estás cansado. Dormirás como tus amigos. Duerme…

Bob cerró los ojos. Se tambaleó hacia delante, pero fue cogido antes de caer al suelo. Un tercer criado se lo llevó.

El señor Won despidió a Jensen con una última orden.

—Todo irá bien. Dormirán profundamente hasta que lleguen a destino. Despiértelos allí. Después consiga las perlas y deje a los chicos en libertad. Si no le dan las perlas…

Tras breves segundos de silencio, añadió:

—¡Puede abrirles las gargantas!

Capítulo 15

Jupiter halla una pista

—¿Nadie ha descubierto interrogantes? —preguntó Jupiter Jones.

Él y el padre de Bob acababan de llegar a Verdant House después de un precipitado viaje en avión. La señorita Green sacudió la cabeza. Aparecía muy preocupada.

—No —dijo—. Pero los están buscando en todo el valle. Hasta ahora nadie ha observado ningún interrogante.

—¿Qué significa todo este embrollo de los interrogantes? —pregunto Harold Carlson.

Jupiter explicó que era el signo especial que él, Pete y Bob usaban para marcar los caminos o decirse mutuamente en qué lugar habían estado. Si Pete o Bob estuvieran libres en alguna parte, dejarían un interrogante, o incluso una sucesión de ellos para señalar sus movimientos.

—Cabalgaron por el paso hacia el desierto, estoy seguro —dijo Harold Carlson—. Los encontraremos mañana. Tan pronto amanezca reanudaremos la búsqueda mediante empleo de una avioneta. Si están en alguna parte, o cerca de Verdant Valley, localizaremos sus caballos.

El padre de Bob intervino para decir, evidentemente preocupado:

—Señorita Green, Jupiter tiene sus propias teorías, y es conveniente que usted las oiga.

La mujer y Harold Carlson miraron al muchacho. Los cuatro se hallaban sentados en la salita de Verdant House.

—Señorita Green —habló Jupiter, imprimiendo a su faz la seriedad de un adulto—. Me gusta analizar las cosas, y he intentado

verificar todo cuanto se refiere al fantasma verde y el grito que mis amigos oyeron. Sospeché que el grito no procedía del interior de la casa, pues en tal caso no lo hubieran oído. La casa está demasiado bien construida. Hice pruebas y ahora sé que el grito procedía del exterior.

»Ningún fantasma habría salido al jardín a chillar, ¿no le parece?, eso en el supuesto de que existan los fantasmas. Luego tuvo que ser una persona viva. Los que estuvieron allí aquella noche no están seguros de cuántos iban en la partida. Unos dicen que seis, y otros que siete. Ambos grupos tienen razón.

»Seis eran los hombres que fueron a la casa después de oído el grito. El séptimo, precisamente el que chilló, se hallaba oculto detrás de unos arbustos, y se unió a ellos. Era el modo más fácil de pasar inadvertido. Es la única teoría que encaja en los hechos.

—El chico tiene razón —afirmó el señor Andrews—. Aun no comprendo cómo el jefe de la policía no lo sospechó.

La señorita Green frunció el ceño. Harold Carlson se mostró impresionado.

—Parece lógico —dijo éste, ceñudo—: Sin embargo, ¿por qué ese hombre había de comportarse así? Me refiero a ocultarse tras los arbustos y chillar.

—Para atraer la atención —explicó Jupiter—. El chillido de un fantasma es el medio más idóneo para atraer la atención de un grupo de personas que se pasean por un camino. Pero la presencia del grupo no obedece a una coincidencia. Aquellos hombres habían sido convencidos para que fuesen allí; al menos cinco de ellos.

—Otra cosa hubiera resultado demasiada coincidencia —reforzó el señor Andrews—. Eso es evidente, si se medita bien.

—No hay ninguna otra respuesta —afirmó Jupiter—. Un hombre estuvo en el nuevo barrio y sugirió a distintos vecinos hacer una visita a la Mansión Green antes de que fuese demolida. Supo imprimir a su invitación sentido de aventura y un pequeño grupo lo siguió. Algunos de ellos ni siquiera se conocían entre sí. Eso facilitó que nadie lo supusiera forastero. El socio, oculto en el jardín, al verlos, chilló.

El señor Carlson parpadeó sorprendido. Y la señorita Green preguntó intrigada:

—¿Y por qué? ¿Y por qué dos hombres habían de hacer tal cosa?

—Para llevar el grupo al interior de la casa —habló el señor Andrews—, que vieran el fantasma y dieran parte de ello. Temo que eso sí tiene sentido, señorita Green.

—Para mí no —objetó el señor Carlson—. A mí me suena a bobada.

—Jupiter —invitó el señor Andrews—, pon la cinta que Bob grabó aquella noche.

Jupiter llevaba el magnetófono portátil y presionó el botón. Un chillido fantasmal llenó toda la habitación. La señorita Green y el señor Carlson se estremecieron sobresaltados.

—Eso es sólo el principio —anunció el señor Andrews—. El magnetófono quedó conectado y captó las voces de alguno de los seis hombres. Díganos si reconocen alguna.

Jupiter dejó correr la cinta. Entonces oyeron hablar al hombre de la voz profunda.

La señorita Green se puso en pie, con ojos desorbitados y horrorizada.

—¡Basta! —gritó.

Jupiter cerró el aparato y la mujer miró a Harold Carlson.

—¡Ésa es tu voz, Harold! La hiciste más profunda, como cuando hacías de villano en las funciones de la universidad. ¡Sé que es la tuya!

Jupiter dijo:

—Después de oírla varias veces, estuve seguro de reconocerla. Al principio no, pero luego identifiqué el sonido peculiar de la voz del señor Carlson, cuando nos conocimos en la vieja casa. Aquella noche se disfrazó con un bigote falso y transformó en más profunda su voz. En la oscuridad, con eso era suficiente.

Harold Carlson pareció derrumbarse como un paquete de ropas viejas.

—Tía Lydia —exclamó—. ¿Puedo explicarme?

—¿Puedes? —preguntó ella—. ¡Hazlo, pues!

Harold Carlson así lo hizo.

El jaleo había comenzado año y medio antes, cuando se descubrió que Chang vivía en Hong Kong. Tía Lydia se lo trajo a América y anunció entonces que, siendo biznieto de Mathias Green, el viñedo y la Vinícola 3-V le pertenecían, y ella pensaba en restituírselos.

—¡Yo siempre había esperado heredar la propiedad! —gimió Harold Carlson—. Hasta que apareció Chang yo era tu único pariente vivo, tía Lydia. Y trabajé mucho aquí. No me gustó saber que el fruto de mi trabajo sería para otro.

—Sigue —la voz de la señorita Green careció de tonalidad.

Harold Carlson se enjugó la frente.

—Concebí un plan. Compré maquinaria nueva y solicité dinero a los amigos, para provocar una deuda impagable. Al mismo tiempo contraté a Jensen, como capataz, y a sus hombres, con el solo objeto de que perjudicaran el equipo y estropeasen el vino. Pero tú decidiste algo que habías jurado no hacer nunca: ¡vender la valiosa propiedad de Rocky Beach!

Imperturbable, la señorita Green replicó:

—Mi madre prometió a Mathias Green que la propiedad no se vendería jamás, aunque se convirtiera en un montón de ruinas. Pero la desesperación me indujo a incumplir su promesa. ¡Tenía que pagar las deudas en que tú incurriste, Harold!

Jupiter escuchaba muy atento. Él había sospechado lo del grito, y que Harold Carlson era culpable, si bien ignoraba la causa. Tampoco había comprendido el porqué de la aparición del fantasma.

—Yo proyecté quitarle la propiedad y compartirla con mis amigos —dijo Harold Carlson—. Luego… luego recibí un mensaje.

—¿Un mensaje? —preguntó el señor Andrews—. ¿Qué decía?

—Tenía que ir a San Francisco a visitar a un anciano llamado Won. Me llevaron con los ojos vendados y, consiguientemente, ignoro el lugar. El señor Won me dijo que había comprado las hipotecas. Mis amigos recibieron una bonificación especial por vendérselas.

—¿Para qué hizo eso? —preguntó la señorita Green.

—A eso voy —suspiró Harold—. Tiene una vieja sirvienta que fue doncella de la esposa de Mathias Green. Alguien le mostró un periódico donde se publicaba que la Mansión Green sería vendida y derruida. Entonces ella reveló un secreto que había guardado todos aquellos años.

Contó al señor Won que la esposa de Mathias Green había sido sepultada en la casa, en una habitación que más tarde fue tapiada. Toda la servidumbre juró guardar el secreto. Pero la casa iba a ser

derruida, y ella no quería que el cuerpo de la joven señora fuese alterado.

La antigua doncella creía que la joven esposa había sido enterrada con el famoso collar de perlas.

Harold Carlson guardó silencio para enjugarse el rostro. Luego siguió:

—El señor Won parecía saberlo todo. Por ejemplo, que deseaba esta propiedad, y que la venta de la casa permitiría pagar las deudas que habíamos contraído. Para contrarrestarlo, ideó un plan.

»Yo debía hacer que la casa pareciera encantada. Eso retrasaría la venta. Al mismo tiempo me daría ocasión de investigar por mí mismo.

»Conociendo ya la habitación secreta, era misión mía apoderarme de las perlas y anunciar el descubrimiento del cadáver.

—El señor Won parece que pensó en todo —dijo el señor Andrews.

—Lo tenía muy bien planeado —siguió Harold—. Yo le vendería el collar por cien mil dólares. El fantasma aparecido en la vieja casa vendría a Verdant Valley, provocando la huida de los trabajadores. Eso arruinaría la producción vinícola del año.

»Entonces el señor Won presentaría al cobro la hipoteca, y más adelante me vendería el negocio por los cien mil dólares que a mi vez recibiría por las perlas. De ese modo yo tendría el viñedo y la Vinícola 3-V, y él las perlas, que parece terriblemente ansioso de obtener.

—¿Le dijo cómo falsificó el fantasma? —preguntó Jupiter.

—Sí. A eso llegaré después. El proyecto, tal como él lo ideó, parecía sencillo. Pero sucedió algo imprevisto: el contratista empezó a derribar la casa una semana antes de lo concertado.

»Al enterarme, enloquecí. En compañía de Jensen me trasladé en avión especial a Rocky Beach, temeroso de que el esqueleto de la princesa china fuera hallado antes de mi llegada. En tal caso las perlas serían para tía Lydia, y ella podría pagar la hipoteca.

»Pero llegué a Rocky Beach antes de que los obreros hubieran consumado su trabajo. Después de oscurecido, escondí a Jensen entre los arbustos, y yo me dirigí al nuevo barrio de viviendas y persuadí a varios hombres que me acompañaran a visitar la casa. Cuando chilló Jensen, los animé a investigar, y apareció el

fantasma.

»Algunos hombres informaron a la policía. Jensen y yo desaparecimos. Él regresó a Verdant Valley, y yo me quedé en Rocky Beach, haciendo que el fantasma apareciera en diversos lugares. Así, la historia en los periódicos resultaría sensacional.

»No regresé a Verdant Valley aquella noche. Me quedé en un motel bajo nombre supuesto, y a la mañana siguiente alquilé un coche y fui a la mansión a investigar la habitación oculta y apoderarme de las perlas.

»Desgraciadamente, los obreros sospecharon la existencia de un cuarto secreto, y el jefe de policía tenía hombres apostados guardando la casa. No pude entrar hasta que usted, señor Andrews, el jefe de policía y los chicos llegaron. Entonces entramos todos juntos.

»Se encontraron las perlas, pero no pude sustraerlas. El señor Won, que había leído la historia en los periódicos, me llamó por teléfono tan pronto regresé a Verdant Valley. Había intuido lo sucedido, y me ordenó simular un robo.

El rostro de Jupiter mostraba satisfacción.

—Sospeché que había simulado el robo —dijo—, en cuanto comprendí que era usted quien hacía aparecer el fantasma. Bob me dijo por teléfono que la señorita Green había visto la aparición, y que luego robaron las perlas. No había duda en cuanto a que usted estaba involucrado en ambas cosas. Si la señorita Green estaba sola cuando vio el fantasma, sólo usted pudo hacerlo aparecer. ¡No cabía otro sospechoso!

»Y si usted hacía aparecer el fantasma, era obvio que también participaba en el robo. Desde luego, supuse a Jensen cómplice suyo, dado que regresaron juntos a la casa, y dispuso de tiempo sobrado para atarlo a usted y volver en busca de Bob, Pete y Chang.

—Sí —admitió Harold—. Hice aparecer el fantasma en el dormitorio de tía Lydia, con la única finalidad de que se hablase de ello. Eso me permitió sacar las perlas de la caja fuerte para mostrarlas a los muchachos.

»Jensen cumplió su parte de avisarnos que el fantasma había sido visto en el viñedo. Tenía aleccionados a tres de sus hombres para fingir y esparcir la noticia, de modo que los otros peones huyeran aterrados.

»Cuando salimos de la casa, me dejé abierta la puerta de la caja de caudales. Al regreso, Jensen me ató y se llevó las perlas. Lo convenido era que me las entregaría hoy, pero no lo hizo.

Harold Carlson no disimulaba su indignación.

—En cambio me anunció su propósito de venderlas él mismo al señor Won. Yo nunca me atrevería a denunciarlo, por temor a que se descubriera mi participación en el robo.

»¡Me ha engañado! Permaneció fuera de aquí la mayor parte del día. Sospecho que se fue a la ciudad con las perlas.

—Eso es lo que te merecías —tronó la señorita Green—. Ciertamente has obrado como un criminal común. Ahora lo que menos importa son las perlas. ¡Tenemos que encontrar a los muchachos! ¿Dónde están?

Harold sacudió la cabeza.

—Lo ignoro.

Jupiter tuvo un destello de inspiración.

—¡Quizá sospecharon de Jensen! ¡Quizá los tenga secuestrados para que no hablen!

—Me parece muy acertada esa teoría —dijo—. Jensen falta de aquí, según dice el señor Harold, desde ayer mañana.

—Comprendo que Jensen pueda ocultar a tres chicos —habló Harold Carlson—, pero no sus caballos. Docenas de personas han buscado en todo el valle y parte del desierto.

—¡Si al menos hubieran visto un interrogante! —exclamó Jupiter—. Bob y Pete habrán marcado el camino, si tuvieron oportunidad de hacerlo.

Se miraban unos a otros cuando la puerta se abrió sin previa llamada y Li, la anciana sirvienta, penetró en la estancia.

—El *sheriff* está aquí, señorita. El *sheriff* tiene noticias.

—¿Ha encontrado a los muchachos? —preguntó la señorita Green, poniéndose en pie.

Pero el hombre de la estrella en su descolorida camisa que había seguido a Li, sacudió la cabeza.

—No, señorita —contestó—. Usted ofreció una recompensa a cualquiera que hallase uno de aquellos interrogantes y un chico llamado Dom, vio uno.

Detrás del *sheriff* apareció un vergonzoso chiquillo con camisa y pantalones deshilachados.

—Ayer vi una señal como ésta —trazó en el aire un interrogante —. No sé que signifique nada. Esta mañana, al despertarme, oí que mi padre y hermanos hablaban de una recompensa de cincuenta dólares que la señorita Green ofrecía a la primera persona que encontrase la extraña señal —Dom miró esperanzado a la señorita Green—. ¿He conseguido los cincuenta dólares?

—Sí, muchacho —respondió ella—. Siempre que sea verdad. ¿Dónde viste la señal?

—En el interior de un tonel, junto a la carretera en el desierto. Fui al desierto con otros chicos, y todos vimos el tonel y miramos en su interior. Yo descubrí la marca pero ninguno vio nada de particular en ella. Yo no sé que signifique nada.

—¿Un tonel en el desierto? —repitió decepcionado el señor Andrews—. No advierto que eso pueda servirnos de algo.

—Deberíamos verlo, señor —propuso Jupiter—. Quizá sea muy importante.

—¡Voy con ustedes! —dijo resuelta la señorita Green—. Li, dame el abrigo.

—Yo también —dijo Harold Carlson.

—¡Tú te quedas aquí! —replicó ella.

Todos, excepto el abogado, se precipitaron al viejo sedán del *sheriff*. Al cabo de diez minutos de marcha llegaron al final del valle y salieron al desierto.

A varios kilómetros de la casa, en un paraje desolado, sus faros descubrieron dos toneles de vino junto a la carretera.

—¡Allí! —gritó Dom—. ¡En el primer barril!

El *sheriff* enfocó su luz a la parte superior de los grandes toneles, que estaban boca arriba.

—Son toneles gastados y viejos —informó la señorita Green—. No sirven para guardar vino. ¡No sé por qué están aquí!

Jupiter, el señor Andrews y el *sheriff*, miraron en el interior del tonel que Dom había señalado. Vieron claramente un interrogante en su fondo. Empero, sólo Jupiter advirtió que había sido trazado con yeso verde.

—¡Bob estuvo en este tonel! —exclamó—. Dejó su marca como pista.

—¡Ahora comprendo! —gritó la señorita Green—. Los toneles de vino son objetos muy comunes, y nadie hubiera dado importancia al

hecho de ver dos en un camión que se aleja. Sin embargo, en su interior bien podían viajar dos muchachos.

—¡Demonios! —murmuró el *sheriff*—. ¡Eso significa que fueron secuestrados!

—Es muy probable que usaran los toneles para sacarlos de aquí —dijo el señor Andrews—. Ahora estarán en San Francisco. Sin duda fue Jensen quien lo hizo. ¡Tenemos que recurrir a la policía de San Francisco! Bien, regresemos a la casa para telefonear.

Volvieron a entrar en el coche, que retrocedió para hacer un amplio círculo. A la luz de los faros, vieron un trozo de papel que revoloteaba junto a la carretera, enganchado un extremo a un montón de desperdicios. Jupiter intuyó que podía significar algo. Ante su insistencia, aguardaron a que fuese en busca del papel. Luego todos lo examinaron a la luz de una linterna.

—Procede de un libro de notas —dijo el *sheriff*—. Y está escrito.

—¡Es letra de Bob! —gritó el señor Andrews—. Parece como si hubiera sido escrito en la oscuridad, pero la reconocería en cualquier parte.

La nota decía, en letras muy grandes:

39
MINA
AYUDA
? ? ?

—Treinta y nueve… mina… ayuda. Y tres interrogantes —repitió el señor Andrews, frunciendo el ceño.

Jupiter no tuvo dificultad en comprender el significado general de la nota.

—Bob nos dice que lo busquemos en alguna mina.

—Bueno, quizá sí —aceptó el *sheriff*—. Pero ¿qué significa el treinta y nueve? ¿Treinta y nueve kilómetros?

—No lo sé —admitió Jupiter.

—No hay ninguna mina a treinta y nueve kilómetros de aquí —aclaró la señorita Green—. Todas las minas están en Verdant Valley, o en el cañón Hashknife. Ninguna de ellas está numerada, y los hombres me han asegurado que tanto el valle como el cañón Hashknife fueron concienzudamente explorados.

Se miraron unos a otros, intrigados y abatidos.

—La nota de Bob significa que se hallan en alguna parte cerca

de aquí —dijo lentamente Jupiter—. ¡Y están en apuros! ¿Cómo podemos localizarlos?

Capítulo 16

Desastroso descubrimiento

Bob y Chang permanecían sentados, uno junto al otro, con las espaldas apoyadas en la pared de la cueva que servía de entrada a la mina donde Pete ocultara las perlas. Cerca de ellos, dos hombres de Jensen vigilaban que no pudieran escaparse. De todos modos, con los pies atados, no era probable que llegaran a parte alguna.

Era noche cerrada y muy tarde. Los muchachos habían viajado en la parte posterior del pequeño autobús, de regreso al cañón Hashknife. Cuando el coche no pudo seguir más, los forzaron a caminar hasta la cueva.

Pete y Jensen habían ido al interior de la mina en busca de las perlas ocultas.

—¿Confías en el señor Won? —preguntó Bob—. ¿Hablaría en serio cuando dijo que nada nos sucedería si lograba las perlas?

—Confío en él —respondió pensativo, Chang—. Es un viejo muy inteligente. Vive en el barrio chino, según la tradición, pese a que la vida de dicho barrio ha cambiado, y, realmente, es muy americano. Sospecho que la mayor parte de su casa es subterránea. Incluso puede ser verdad que cuenta ciento siete años.

Jensen le tiene mucho miedo. Nada nos sucederá si Pete le entrega las perlas.

—¿Y si no las encuentra? —preguntó Bob.

—Las encontrará —afirmó Chang—. Pete es listo.

—Espero que así sea —deseó Bob, que añadió—: Nos han devuelto nuestras cosas. Yo tengo en el bolsillo mi libro de notas, el yeso, el lápiz, la navaja… todo.

—Eso demuestra que nos dejarán en completa libertad —dijo

Chang.

—Con tal que Pete encuentre las perlas —murmuró Bob.

Recordaba cuan parecidas eran todas las rocas en el interior de la mina. No le sorprendería lo más mínimo que Pete tuviera dificultades para encontrar la roca otra vez. Bob ignoraba que su amigo había ocultado las perlas en la calavera del asno. ¡Éste era el secreto de Pete!

Pero Bob también tenía su propio secreto, y ansiaba decírselo a Chang. No se atrevía por temor a que los dos guardianes lo oyeran.

A unos tres kilómetros de distancia, en Verdant Valley, Jupiter, la señorita Green y los otros, intentaban desesperadamente imaginar dónde buscarlos. No se les ocurrió dirigirse al cañón Hashknife porque ya había sido explorado, si bien fueron los hombres de Jensen quienes informaron de que estaba vacío.

Mientras tanto, Jensen y Pete se hallaban en el interior de la mina.

—¡Intenta algún truco conmigo, y eres golfo desaparecido! —gruñó Jensen, observando las locas sombras que formaban sus linternas en los estrechos pasadizos—. Tenemos guardados vuestros caballos entre las rocas de la charca, al final del cañón.

»Si no encuentras las perlas, los tres iréis a parar a la charca. Parecerá un terrible y triste accidente, y yo sería el que más lamentaría vuestra muerte.

Pete se estremeció. Aquel hombre corpulento sería capaz de cumplir su amenaza. Deseó encontrar las perlas, y poner fin a tan inaguantable suplicio.

—¡Chavales! —se mofó Jensen—. ¡Puaf! Os creísteis más listos que yo. Comprendí vuestra treta de salir por las minas cuando os vi en la cresta de Hashknife. ¡Conozco esos túneles! Siempre que me traslado a una vecindad, me aprendo todo lo que hay que saber, por si acaso necesito una huida rápida. Conozco todo el barranco y cañón en quince kilómetros a la redonda.

Llegaron al lugar donde el desmoronamiento del techo había estrechado el paso. Jensen dio a Pete un último aviso, y éste avanzó sobre su estómago.

Habiéndolo hecho ya dos veces, invirtió muy poco tiempo en salvar aquella dificultad. Tan pronto se puso en pie, casi corrió por las galerías, en pos de los interrogantes que Bob trazara.

Llegó el triple desvío, cogió el pasillo de la derecha, y alcanzó el sitio donde yacía el esqueleto del burro, antes de comprender que había sucedido algo.

¡Un helado sudor brotó de todo su cuerpo! ¡La calavera había desaparecido!

En su lugar, aparecía una roca inmensa, un madero roto, y un agujero en el techo. ¡La roca había reducido a polvo la nívea calavera!

Y las perlas estaban en el interior de la calavera. Joyas delicadas, que fácilmente se destruían: sin duda se habrían convertido en polvo, como los huesos de la calavera.

Capítulo 17

El misterioso 39

Pete, cuando pudo pensar, supo lo que había sucedido. Recordó el temblor de tierra que se produjera en algún lugar de la falla de San Andreas, mientras cruzaba la sección hundida. Las vibraciones del lejano terremoto desprendieron la enorme piedra sobre las perlas, reduciéndolas a polvo.

Descorazonado, intentó empujar a un lado la roca, pero resultó demasiado pesada. De todos modos, el esfuerzo habría resultado inútil. El piso también era de piedra, y cualquier cosa delicada sería triturada al contacto violento de dos cuerpos duros.

Intentó pensar. Podía huir por «La Garganta», y alcanzar el exterior por allí. Desgraciadamente, desconocía aquellos parajes, y con toda seguridad vagaría día tras día, sin hallar el camino de regreso a casa.

Además, su fuga sería un golpe para Bob y Chang. Antes de que él hallase el camino y pidiera socorro, Jensen comprendería lo sucedido, y adoptaría una drástica solución.

Pete recordó la linterna oculta, llena de piedrecitas.

Con la débil esperanza en su mente de que podía usar la linterna para engañar a Jensen, regresó por el pasadizo. No tardó mucho en localizarla.

Se arrepintió de no haber dejado las perlas dentro de la linterna. Pero la calavera le había parecido una idea luminosa en un momento en que nadie habría sospechado un próximo temblor de tierra.

Sujetó la linterna en su cinturón, y empezó el regreso. No se apresuraba tanto ahora. Pensaba en cómo vencer a Jensen.

La única posibilidad residía en que Jensen aceptase la linterna sin abrirla. En eso cifró Pete sus esperanzas.

Llegó a la sección derruida y se introdujo en ella. Desde el otro extremo, Jensen vio brillar su linterna y gritó:

—¡De prisa! ¡Parece que estés de paseo! ¡Date prisa!

Pete siguió adelante, sintiendo los fuertes latidos de su corazón.

Al fin se irguió, sacudiéndose el polvo. Jensen lo interrumpió.

—¡Dame esa linterna! —gruñó.

La estiró del cinturón de Pete.

Sintió el peso de las piedrecitas, y se la puso en el bolsillo.

—¡Ahora en marcha! ¡Quiero salir de aquí!

Con largas zancadas se encaminó a la puerta de entrada.

Pete, apenas sin respirar, lo siguió.

De repente, el hombre se detuvo y se giró en redondo.

—¿Cómo sé que no me has hecho ninguna trastada? —gruñó, mirando colérico al muchacho—. No me fío de vosotros. Sois demasiado mayores para vuestros pantalones.

Se sacó la linterna, desenroscó la tapa del fondo, y puso un dedo en su interior.

Pete quiso correr por delante de Jensen, confiando en escapar de su alcance. Pero el hombre adelantó un pie, y el muchacho cayó cuando largo era. Luego, lenta, dolorosamente, se alzó del suelo.

Jensen ya había descubierto cuál era el contenido de la linterna: sólo piedrecillas envueltas en un pañuelo. Su furia fue tan grande, que apenas pudo hablar. Gruñó palabras ininteligibles, y se sacó el cuchillo.

A la luz de su foco, la hoja brilló débilmente. Jensen cogió a Pete por el cuello de la camisa, y apoyó la punta del cuchillo en su espalda.

—¡Camina! —gritó.

Los dos avanzaron por la galería.

—¿Sabes lo que esto significa? —preguntó Jensen, cuando su furia le permitió hablar de modo claro—. El señor Won me autorizó a resolver la situación si me hacíais alguna treta. El sol subirá dentro de unas horas, pero ninguno de vosotros lo verá.

Pete ni siquiera intentó explicar lo sucedido.

Jensen estaba sólo interesado en el hecho de que no tenía las perlas.

Llegaron a la cueva y la linterna de Pete alumbró las figuras de Bob y Chang, acurrucados contra la pared, como dormidos.

Junto a ellos, estaban los dos guardianes.

—¡En pie! —gritó Jensen—. ¡Tenemos que desembarazarnos de esta murga y escapar de aquí mientras podamos!

Los dos hombres se levantaron despacio. En sus manos aparecieron armas y Pete y Jensen fueron envueltos en el resplandor de media docena de linternas. El *sheriff* gritó a su vez:

—¡No se mueva, Jensen! ¡Está cubierto por los cuatro costados!

Jensen no obedeció. Agarró a Pete, lo apartó a un lado y corrió hacia la entrada sin soltar al muchacho.

Tan repentina fue su acción, que nadie tuvo tiempo de cogerlo. Tampoco se atrevieron a disparar por temor a herir a Pete.

En la roca de la cueva, Jensen soltó a su prisionero y pasó junto a dos hombres que aguardaban allí. Raudo, se perdió en la oscuridad antes de que nadie pudiera hacer otra cosa que disparar unos cuantos tiros, sin puntería, a la noche.

—Lo atraparemos mañana —dijo el *sheriff*—. Demonios, ¡celebro ver a estos cachorros sanos y salvos!

Los chicos formaron círculo en el interior de la cueva con los hombres del *sheriff* y celebraron una reunión. A Pete se le ocurrió preguntar cómo habían llegado hasta allí. El señor Andrews con la mano sobre el hombro de Bob, respondió:

—Jupiter solucionó el misterio del fantasma. Después hallamos la contraseña que Bob trazó en el interior del tonel, y Jupiter descubrió también el mensaje que Bob había dejado caer del coche, diciéndonos que buscásemos en la mina. No teníamos idea de qué mina, pero la señorita Green recordó que Chang solía explorarlas con un viejo buscador de oro, Dan Duncan. El hombre está en un sanatorio en San Francisco. Nos aconsejó por teléfono que si no os habíamos encontrado en ninguna parte, os buscásemos en el cañón Hashknife, donde había una cueva que servía de entrada a las minas.

»Estaba seguro de que si habíamos inspeccionado en las otras minas sin resultado, era porque Chang se había encaminado a ésta. El *sheriff* reunió a unos cuantos hombres y nos deslizamos en el cañón. Tuvimos una escaramuza con los guardianes de Bob y Chang. Jensen estaba demasiado alejado en el interior de la mina

para oírlo, y le tendimos una trampa.

Luego se volvió a su hijo.

—Bien, Bob. Hay una pregunta que me gustaría contestases. Ni Jupiter sabe la respuesta.

—Sí, papá.

El señor Andrews desdobló la nota del mensaje que decía en grandes letras desiguales:

39
MINA
AYUDA
? ? ?

Jupiter preguntó ahora:

—Bob, comprendimos todo el mensaje excepto el número. Quizá debiera saberlo, pero…, en fin, dinos qué significa el treinta y nueve.

Bob se sonrió. Sacó su libro de notas y lo abrió. Sólo conservaba las tapas. Todas las hojas habían sido arrancadas.

—Viajábamos debajo de un montón de mantas en la parte trasera del vehículo, Pete y Chang estaban dormidos, pero yo lo fingía. Cuando imaginé que debíamos estar en algún lugar cerca de Verdant Valley, saqué mi libro de notas y mi lápiz y empecé a escribir mensajes pidiendo socorro. Tuve que hacerlo en la oscuridad, y eso no me permitió escribir mucho.

»Los mensajes los deslizaba por una junta de la puerta de atrás. Lo hacía con la secreta esperanza de que alguien encontraría uno de mis escritos. Los fui numerando, por si la misma persona encontraba más de uno, supiera que se hallaba siguiendo la pista en la dirección acertada. Este mensaje es el 39. Imagino que el resto se los llevaría el viento.

El señor Andrews se puso a reír. Los otros hombres lo corearon. Después de la tensión de los últimos minutos, el misterioso 39 y la sencilla respuesta parecían divertidos.

Finalmente, incluso Jupiter se sonrió. Pero no le resultó fácil. Él debió comprender que sólo se trataba de un número de orden, y que la búsqueda de las otras notas le habría llevado hasta Bob. No tuvo en cuenta que su amigo era metódico, y precisamente por eso era el encargado del registro e investigación de la empresa.

Afortunadamente, una nota había bastado.

Capítulo 18

Jupiter visita a un fantasma

Jensen no fue capturado a la mañana siguiente. Quizá lograse efectuar una fuga perfecta a través del territorio que tan bien conocía, o tal vez había desaparecido en algún oscuro cañón. Lo cierto es que nunca más volvieron a verlo. La señorita Green no quiso mandar a la cárcel a un pariente, y ordenó a Harold Carlson que se fuera de allí para siempre.

El padre de Bob regresó a Los Ángeles, con material suficiente para escribir grandes artículos. Dijo que el fantasma verde había sido un engaño, y contó muchos detalles de lo sucedido, incluido el robo de las perlas y su destrucción bajo una roca en la mina.

Pero se calló la parte de los chicos en la aventura, para evitarles demasiada publicidad, y dejó también excluido al señor Won, a quien de hecho, desconocía. El anciano chino, que alardeaba de vivir en el mayor misterio para el mundo exterior, no había mentido.

Titus Jones telefoneó a Jupiter que el Patio Salvaje podía permanecer cerrado un día o dos. Así, los Tres Investigadores se quedaron a gozar de la invitación de Chang Green.

Terminado el asunto del fantasma, los obreros regresaron y las uvas maduras fueron recogidas y prensadas a su tiempo. Los muchachos se divertían con Chang, explorando el país, si bien Bob tuvo que pasar un par de días en la cama porque el esfuerzo había sido excesivo para su pierna. Pese a ello, no perdió el tiempo; escribió las notas del caso.

Jupiter deseó conocer los túneles de la mina. Al ver el paso de «La Garganta» y la sección hundida, renunció.

Cuando los Tres Investigadores regresaron a Rocky Beach, el jefe de la policía se tomó la molestia de visitar personalmente a los muchachos y felicitarles por haber desenmascarado al fantasma verde.

—No sé cómo agradeceros que me hayáis demostrado que no vi cosas extrañas. Siempre que pueda ayudaros en algo, llamadme. Y para que sepáis que hablo en serio, aquí tenéis un pequeño obsequio que os será de mucha utilidad.

Entregó a cada uno una tarjeta verde que decía:

El portador de la presente
es un auxiliar voluntario de la
policía de Rocky Beach.
Cualquier ayuda que se le preste,
será agradecida.

Firmado, Samuel Reynolds
Jefe de Policía

—¡Recáspita! —exclamaron a una Bob y Pete.

Jupiter se sonrojó de placer.

—Podéis necesitarla en cualquier momento —dijo el jefe—. Al menos dirá a mis hombres que no sois alborotadores si empezáis algo que les parezca sospechoso.

Se marchó con las gracias sonándole en los oídos.

Al día siguiente, una vez que las notas de Bob estuvieron completadas, fueron a visitar a Alfred Hitchcock, que les recibió con sumo interés, pues había aceptado presentar todos sus casos, si los consideraba aceptables.

En la gran oficina, los muchachos permanecían sentados mientras el famoso productor de cine y televisión leía los detalles. De cuando en cuando asentía con la cabeza, y un par de veces se sonrió.

Finalmente, apartó el montón de páginas.

—Bien hecho, muchachos. Es toda una aventura.

—Que no me gustaría revivir —completó Pete.

—En líneas generales, el asunto lo veo claro —siguió el señor Hitchcock—. Harold Carlson quería conseguir la propiedad, así que pidió un préstamo a los amigos, con la intención de que el dinero

no se devolviera. En este proyecto le ayudó Jensen. Luego, el señor Won, enterado de que las perlas estaban en la vieja casa, compró la hipoteca de los amigos del señor Carlos, y presionó a éste para obtener las perlas.

Se inclinó hacia delante, y tamborileó con los dedos sobre los papeles.

—¿Qué pasa con el señor Won? —preguntó—. Es un personaje que me intriga. Ciento siete años de edad, bebe perlas para subsistir, y vive al viejo estilo. ¿No supisteis nada más de él?

Admitieron que sí. Bob contó al señor Hitchcock que un par de días después de que la historia escrita por su padre apareciera en los periódicos, dos chinos habían llegado a Verdant Valley. Los enviaba el señor Won, a pedir autorización para intentar buscar los restos de las perlas aplastadas por la roca. A cambio, ofrecía el tiempo que la señorita Green necesitase, para el pago de la hipoteca.

La señorita Green aceptó, y los dos chinos entraron en la mina. Poco después salieron llevándose algo que parecía polvo de hueso. Se marcharon sin decir nada.

El señor Hitchcock sacó el labio inferior.

—Imagino que ese polvo le hará tanto bien como las propias perlas. Bien, no deja de ser interesante saber que beberse unas perlas disueltas pueden prolongar la vida. Quizá sea mera superstición… o quizá no. ¡Quién lo sabe!

Fijó su mirada penetrante en Jupiter Jones.

—Joven, si bien no estuviste presente en la mayor parte de la aventura, solucionaste el caso. Hay dos preguntas que me preocupan.

—¿Cuáles? —preguntó Jupiter, amable.

—En estas páginas —el señor Hitchcock tamborileó sobre las notas—, leo una referencia a un perro pequeño que un hombre llevó a la Mansión Green la noche en que se apareció el fantasma. Aparentemente, el perro te ayudó a resolver la papeleta.

—Verá, señor Hitchcock. El perro me recordó una de las historias de Sherlock Holmes. ¿Recuerda usted que Sherlock Holmes dijo al doctor Watson que pensara en el curioso incidente de un perro durante la noche?

—¡Naturalmente! —La comprensión se extendió por los rasgos

de Alfred Hitchcock—. Y el doctor Watson replicó que el perro no hizo nada durante la noche. Y Sherlock Holmes aseguró que ése era el incidente a que se refería.

—Sí, señor —convino Jupiter.

El señor Hitchcock hojeó las páginas, y leyó en una.

—¡Exacto! —exclamó—. El perro que llevaba en brazos uno de los hombres no hizo nada. Sólo aulló un poco, quizá porque no le gustaba aquella posición. Joven, me descubro ante ti por el hallazgo de esta evidencia.

Pete y Bob mantenían los ojos muy abiertos. ¿Qué podía sacarse de un perro que no hizo nada?

—No lo comprendo —dijo Pete—. Bien, el perro no hizo nada. ¿Y qué pasa?

—Mi querido joven —habló Hitchcock—, se acepta universalmente que perros y gatos se inquietan y asustan ante la presencia de lo sobrenatural. Los gatos gruñen y escupen. Los perros aúllan y corren. En cualquier caso, arman alboroto. Luego, si el perro no hizo nada, es porque no hubo nada que lo asustara.

De ahí se deduce que la visión captada por vosotros no era un fantasma verdadero, puesto que el perro no le prestó atención.

—¡Sopla! —dijo Pete—. Eso es cierto. No les dimos importancia a eso.

—No importa —siguió el señor Hitchcock—. Todos os comportasteis con mucho acierto. Mostrasteis valor y determinación, Pete. Tú, Bob, hiciste gala de mucho sentido común al dejar pistas para que tu amigo Jupiter las encontrara.

Las cejas del señor Hitchcock se alzaron.

—¡Ahora que recuerdo! —exclamó—. El señor Won os hipnotizó. Sin embargo, durante el viaje desde San Francisco, Bob escribió notas y las deslizó por una junta de la puerta fuera del coche. ¿Por qué los otros estaban dormidos y tú no?

—Engañé al señor Won —se rió Bob—. Cuando vi que Chang y Pete se desplomaban completamente dormidos, comprendí que era inútil resistirse. Así, tan pronto el señor Won empezó conmigo, me desplomé. La verdad era que seguía despierto.

»De ese truco me valí para escribir las notas, que debieron ser arrastradas por el viento del desierto. Afortunadamente, una fue descubierta por Jupe.

—No hay suerte —dijo Hitchcock—, a menos que llamemos suerte a la destreza. Vosotros mostrasteis gran habilidad en el caso. Me hará feliz presentarlo.

—Gracias, señor —dijo Jupiter, y todos se levantaron.

Estaban casi en la parte exterior de la oficina, cuando el señor Hitchcock los llamó.

—¡Un momento! Olvidé la pregunta más importante. Puesto que no había un fantasma de verdad, ¿qué es lo que vieron ustedes? ¡No me digas que era tela de araña impregnada de pintura luminosa, pues sé de estas cosas más que vosotros!

—No, señor —aseguró Jupiter—. Era algo mucho más ingenioso. No lo sospeché hasta comprender que el perro no había olido o sentido nada. ¿Puedo oscurecer su oficina?

El director asintió. Jupiter cerró las persianas y corrió los cortinajes.

La oficina quedó en penumbra.

—Contemple aquella pared —invitó.

Inesperadamente una luz verdosa apareció proyectada en la blanca pared, envolviendo la fantasmal figura de Jupiter en una blanca sábana. Ésta se deslizó hacia la puerta de un armario y se perdió de vista.

—¡Sorprendente! —exclamó el señor Hitchcock, mientras Pete y Bob abrían las cortinas—. Bajo circunstancias correctas esto sería un fantasma muy convincente.

—Con un fantasmagórico grito y una casa encantada como marco, resultó demasiado real para sentirnos tranquilos —dijo Pete —. ¿No fue así, Bob?

Éste asintió, mientras el señor Hitchcock examinaba el objeto que Jupiter le había entregado. Parecía una linterna algo mayor de lo normal. Pero poseía un tipo de reflector especial y una lente en su interior.

—En realidad es un proyector en miniatura —aclaró Jupiter.

—Y puede moverse lentamente por una pared y subir las escaleras —añadió el señor Hitchcock—. Muy ingenioso. ¿Fue el señor Won quien se lo entregó al señor Carlson?

—Sí, señor —afirmó Jupiter—. Cuando el señor Carlson acompañó a los hombres a la casa para que vieran el fantasma, sólo llevaba esto en la mano. Parecía una linterna normal y corriente.

»Algunos de los otros tenían linterna de verdad, y por eso no se fijaron en la que no daba luz. El señor Carlson utilizó la suya para proyectar la imagen del fantasma sobre las paredes o en el suelo.

»En Verdant Valley, cuando se le apareció a la señorita Green, Harold se quedó fuera, y tan pronto como ella entró en la habitación a oscuras, proyectó la imagen. La señorita Green chilló y encendió la luz, pero él se guardó el proyector en el bolsillo, y se precipitó en el interior para recogerla.

»Fue un fantasma muy convincente, hasta que comprendí que alguien tenía que haber estado en la Mansión Green para chillar, y que el señor Carlson se hallaba solo con la señorita Green cuando vio el fantasma. Ya no tuve dudas en cuanto a quién provocaba la aparición del fantasma.

Jupiter se guardó el proyector en el bolsillo.

—Nos lo trajimos como recuerdo del caso —dijo.

Mientras contemplaba cómo se iban, una sonrisa jugueteó en los labios del director. Sherlock Holmes no hubiera resuelto mejor el misterio del fantasma verde.

Fin



ROBERT ARTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de traslado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas *pulp*. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street & Smith's Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories, Collier's, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de *pulp western, fact detective*, y *screen magazines* para *Dell Publishing*, y fue editor asociado de la *Foto-Story*, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó *Pocket Detective Magazine* para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la qie se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, *The Mysterious Traveler*, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a

Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú». La carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte *pulp*.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock's
Haunted Houseful, (1961); Alfred
Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred
Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred
Hitchcock's

Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock's
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de Los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de Los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de Los Tres Investigadores, y once libros en una Spin-Off de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.